
Todo por Gracia

Autobiografía del Pastor y Misionero
David Saint

Todo por Gracia

Autobiografía del Pastor y Misionero
David Saint

SAINT, David Lorenzo
Todo por Gracia: la autobiografía del pastor David Saint

1ª edición.
Córdoba : SaintDisegno, 2014.

Edición literaria a cargo de Guillermo Saint.
1a edición en Diciembre 2013.
116 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-25277-6-1
Fecha de catalogación: 05/12/2013

1. Autobiografía. I. Título
CDD 920

Publicación digital, República Argentina.
Libro de edición argentina.

Indice

Introducción	5
1. Primeros años en Estados Unidos.	7
2. Una nueva etapa comienza: Costa Rica y Ecuador.	13
3. Primeros años en Córdoba, Argentina.	19
4. Año sabático en Estados Unidos.	25
5. Escuela secundaria en Córdoba.	33
6. Instituto Bíblico en Buenos Aires y comienzos de Valle del Lago.	41
7. Vivencias en Tucumán, Estados Unidos y Buenos Aires.	47
8. Experiencias en Córdoba y casamiento con Edith.	57
9. Sirviendo al Señor en barrio Corral de Palos, La France y en la iglesia Centro Cristiano.	65
10. Creciendo en el ministerio: La France, Betania y Valle del Lago.	73
11. Comienzos de la iglesia El Renuevo y viajes a Estados Unidos.	83
12. Construyendo, sirviendo y enfrentando pruebas.	95
13. Transfiriendo el manto.	105
14. Enfocado en el presente.	111

Introducción

En el año 2008 tuve el privilegio de realizar un viaje a mi tierra natal, Estados Unidos, con mi hijo Guillermo, su esposa Inés, y su hijito Joan de tres años. En una parte de nuestro itinerario, al transitar en nuestro auto la gran distancia entre los estados de Illinois y Utah, mientras Guillermo conducía, me vino la idea de anotar en las hojas en blanco al final de un diccionario español-inglés que llevaba conmigo los casos específicos en que el Señor me guió, junto con mi familia, a través del tiempo.

La lista de experiencias y milagros se hizo cada vez más larga, y trajo gran aliento a mi corazón recordar esos testimonios. De allí que surgió después el deseo de escribir, para la gloria de Dios y para inspirar a otros, una narración de mi andar con Cristo, que abarca casi toda mi vida, ya que recibí a Cristo como Salvador a los cinco años de edad.

El título “Todo por gracia” tiene como propósito reconocer y declarar que “Todo lo puedo (y podemos) EN CRISTO que me fortalece” (Filipenses 4:13) y que “Separados de mí (de Jesucristo)

nada puedo (podemos) hacer” (Juan 15:5b). También deseo dar testimonio personal de que “...la gracia (favor no merecido) de nuestro Señor fue...abundante... (conmigo). (I Timoteo 1:14).

Quisiera además imitar al salmista David que dijo, hablando de su Creador: “Para expresarte mi gratitud y contar todas tus maravillas” Salmos 26:7.

Si esta sencilla obra logra sembrar fe y esperanza, e inspirar a mis amables lectores, me sentiré más que satisfecho.

Primeros años en Estados Unidos (1947-1955)

La fecha era julio de 1967. Yo tenía 19 años de edad, y había cursado la mitad del primer año del instituto bíblico y había regresado de Buenos Aires a Córdoba para las vacaciones de invierno.

Un día entré a una iglesia al lado de mi casa para tener un tiempo de oración a solas. Mientras estaba de rodillas, sentí claramente en mi corazón una voz que me decía: “Habla a mi pueblo”. En ese momento supe que el Señor me estaba llamando para servirle, y también la tarea que Él tenía para mí: enseñar la palabra de Dios a Sus hijos.

¿Cómo llegué a ese momento y a ese llamado? Invito a mis estimados lectores a que me acompañen al compartir los pasos que guiaron a este hijo de Dios hasta esa situación crucial y también durante los años sucesivos, y los hermosos milagros que ocurrieron en el camino.

Tuve el gran privilegio de nacer en un hogar cristiano: hijo de Felipe y Ruth Saint, creyentes desde su juventud. Mi padre fue

predicador itinerante, haciendo campañas proclamando el Evangelio y realizando hermosos dibujos bíblicos alusivos a su mensaje iluminado con llamativas luces de colores delante del público. Mis abuelos paternos, Lawrence y Katherine Saint fueron cristianos desde jóvenes también. Mi abuelo Lawrence fue un pintor de retratos al óleo, de paisajes, y realizó numerosos vitrales en la Catedral de Mount Saint Alban, en Washington, DC, en Estados Unidos, incluyendo el famoso Rose Window, un vitral de forma redonda de unos ocho metros de diámetro.

Llegué al mundo el 7 de Noviembre de 1947, en el hospital hebreo Barnert, en Paterson, Nueva Jersey. Años después me enteré que el evangelista Billy Graham, que estudió en la misma universidad y en la misma época que mis padres, también había nacido un 7 de Noviembre. Mi hermana mayor Ruth Ellyn había nacido en 1942, mi hermana Marta en 1944, y después de mí nacieron los gemelos Jaime y José (Pepe) en 1950.



David, Jaime y José Saint jugando en casa.

Mi papá, Felipe, como ya mencioné, era un evangelista itinerante. Solía separar 14 días de sus campañas para estar con mi madre cuando nacieran sus hijos, pero casi siempre los bebés llegaban fuera de esa fecha estipulada, ¡y mi padre no estaba presente! Hablando de nacimientos, los abuelos Saint tuvieron ocho hijos. Mi padre en broma decía que al nacer el primogénito, Samuel, todos los amigos decían: ¡Qué hermoso bebé! Luego al nacer mi Papá, los vecinos decían: ¡Qué buena salud que tiene! Hablando de hermanos, de los ocho hijos, siete eran varones siendo mi tía Raquel la única hija que con el tiempo llegó a ser misionera en las selvas del Ecuador. Mi padre también decía con su sentido del humor: “Nosotros los siete hermanos merecemos el crédito por entrenar a Raquel para la obra misionera; ¡ella sólo tuvo que cambiar un grupo de “salvajes” por otro!

Como es lógico, no tengo recuerdos de esos primeros tres años en Hawthorne, Nueva Jersey, nuestra primera residencia. Lo que me enteré después es que mis padres decidieron mudarse más al sur de Estados Unidos, a un pueblo llamado Greensboro, Carolina del Norte, para radicarse en una zona más cálida, a causa de la frágil salud de mi hermana Ruth Ellyn, que nació con un problema serio en sus pulmones llamado fibrosis cística.

Cuando yo tenía cinco años, mi padre me llevó con él a una campaña evangelística en Williamston, Carolina del Norte, a realizarse en una iglesia Presbiteriana. Una noche Papá dibujó su conocido cuadro del trasatlántico “Titanic” hundiéndose en las heladas aguas del Atlántico norte y predicó acerca de la fragilidad de la vida humana y la necesidad de estar preparados para la Eternidad. A pesar de mi corta edad, el Espíritu Santo tocó mi corazón, y cuando se hizo la invitación, pasé al frente, con otras personas también, y en una salita contigua recibí a Jesús como Salvador.

Mis padres y los cinco hijos nos congregábamos en la iglesia Presbiteriana Westover, y por sus campañas, con frecuencia mi madre se tenía que encargar de llevarnos a la Escuela Dominical (clases bíblicas adaptadas a distintas edades) y estar con nosotros

en el culto general, sentada al medio, para vigilarnos más de cerca. Repartía papeles y crayones para mantenernos ocupados durante el servicio “para adultos”.

Años después, cuando fui al seminario, me parecía que ya sabía cerca de la mitad del material que allí enseñaban, seguramente debido a los años de asistencia a la casa de Dios. Doy gracias al Señor por esa herencia maravillosa, y cuando hoy veo un matrimonio donde ambos aman y sirven al Creador y observo sus hijitos, me doy cuenta de lo afortunados que son. Cuando llegaba la hora para dormir, mi madre se sentaba un rato en la cama de cada hijo, para mostrarnos afecto, darnos una caricia, escucharnos y darnos una palabra de aliento. ¡Por supuesto que cuando nos portábamos mal, recibíamos el castigo o disciplina que merecíamos!

Aún hoy, mientras camino o manejo el auto, me encuentro inconscientemente tarareando algún himno tradicional en inglés de aquella época. Me asombro que hayan quedado grabados en mi memoria tantos de esos himnos ¡considerando que dejamos de vivir en EEUU cuando yo tenía sólo ocho años! Esa es una de las razones poderosas por las cuales siempre he prestado mucha atención a la Escuela Dominical en las iglesias que mi esposa y yo pastoreamos.

Recuerdo que en esta época asistí a Jardín de Infantes en el subsuelo de una iglesia evangélica, y me “enamoreé” de una compañera de clase. Demostré mi devoción (!) por ella poniendo mi cajita del almuerzo al lado de la suya, y cuando otro chico sacó mi cajita y puso la de él, ¡me enojé mucho! En una ocasión mis hermanos gemelos a escondidas se metieron en el asiento de atrás de nuestro auto, al ver que Papá salía a hacer una diligencia. Papá se dio cuenta que estaban ocultándose, pero fingió no verlos y salió con el coche como si nada pasara. Cuando transitaba por una avenida mi padre dijo en voz alta: “¡Qué enormes elefantes! ¡Y dos cabecitas se asomaron instantáneamente del asiento trasero!

En el año 1951 invitaron a mi padre por segunda vez a colaborar en una campaña evangelística en Japón que duró seis meses.

Mi madre lo apoyó, aunque ya éramos cinco hijos, incluyendo dos gemelos muy inquietos. En medio de ese período, mi madre estuvo involucrada en un serio accidente automovilístico y se fracturó una pierna, y tenía que andar con un gran yeso y muletas por más de cuatro meses. Para no angustiar a papá, ella no le habló por teléfono de su percance, sino que le escribió una carta bastante tiempo después, y estoicamente soportó la situación con la ayuda del Señor. Recuerdo que contrataron a una mujer cristiana para que ayudara a mamá con las muchas tareas domésticas de una familia tan numerosa. Honestamente no sé quién tendrá mayor recompensa en el Cielo; si papá por sus esfuerzos misioneros y evangelísticos, o mamá ¡por apoyarlo incondicionalmente! Mi madre solía decir en broma: “No es indispensable estar loco para casarse con un Saint, pero ayuda”.

Durante esos meses de evangelismo en Japón, Papá y los otros predicadores tenían un traductor japonés que los acompañaba a todas partes. Un día Papá estaba predicando a una multitud y usó la expresión “tickled to death” que en inglés significa “estaba muy feliz”; el traductor que no conocía esta expresión de Estados Unidos tradujo literalmente ¡“se rascó hasta que se murió”! (Papá se enteró después de ese error porque había en la reunión una misionera veterana estadounidense, Mabel Francis que se dio cuenta).

Cuando Papá estaba en casa, nos leía cuentos que él mismo había escrito, el que más recuerdo es “La historia de Leo, el león valiente y bueno”. También fabricaba juguetes caseros, autos, camioncitos, y demás. En verano nuestros padres nos llevaban a un lago o a una piscina, y nos enseñaron a nadar, y a zambullirnos. Un día, en una gran pileta pública, se me ocurrió subir hasta el trampolín de unos 3 metros de altura para tirarme de cabeza al agua. Cuando llegué a la punta miré hacia abajo y me llené de miedo, y para fastidio de todos los hacían “cola” para zambullirse ¡bajé de nuevo por la escalera!

En esa época apareció por primera vez la televisión, obviamente en blanco y negro, y mis padres al poco tiempo compraron

un aparato. Nos deleitábamos viendo las aventuras del “Llanero Solitario” y las andanzas de “Superman” y otras series también. Parece ser que al pasar el tiempo mis padres escucharon o leyeron informes sobre la mala influencia de la TV en los niños, tanto que decidieron vender el televisor, y nunca más tuvimos ese aparato en casa, hasta que ya todos éramos adultos. En el día de hoy no creo que sea pecado tener televisión en una casa, pero estoy convencido de que los padres necesitan vigilar muy de cerca los programas que sus hijos ven, y controlar la cantidad de tiempo que lo usan, como también controlar el uso de la computadora e Internet.

Nunca he guardado rencor contra mis padres por no permitir la televisión en casa; es posible que esa situación me ayudó a desarrollar más amor a la lectura, y a dedicar más tiempo a los deportes y la diversión al aire libre con otros chicos. En distintas oportunidades he tenido el privilegio de predicar sobre el tema “El peor ladrón: el televisor” pues está claro que si no somos cuidadosos este aparato, y también la computadora y el Internet, nos robará una enorme cantidad de tiempo. Leí en alguna parte esta frase: “Cuando uno esté a punto de partir a la Eternidad, nunca va a decir: qué lástima que no pasé más tiempo frente al televisor”.

Una nueva etapa comienza: Costa Rica y Ecuador (1956 - 1957)

Aparte de ser evangelista itinerante en EEUU durante unos 20 años con buenos frutos, y el viaje misionero al Japón, mi padre fue invitado a Jamaica por cerca de un mes, y en 1954 realizó el último, con un conjunto evangelístico, a Argentina, visitando Buenos Aires, Rosario y Córdoba.

Es evidente que en esos viajes Dios estaba gestando en él un llamado misionero, que se cristalizó cuando estuvo en Córdoba, mientras realizaba sus dibujos y cantaba solos, pero sin predicar, ya que en el equipo había evangelistas hispanos. Un día el pastor Juan Clifford, un reconocido líder de la comunidad evangélica, llevó a Papá a un mirador alto llamado Parque Autóctono, donde hay una vista amplísima de la ciudad. Contaba mi padre después que fue en ese momento que se confirmó su llamado para venirse como misionero a esa ciudad en forma permanente, con su familia.

Al regresar a EEUU, nos informó a toda su familia de ese llamado para ir a Sudamérica, ¡yo, con siete años de edad comencé a imaginarme viviendo entre aborígenes, como mi tía Raquel!

(Menos mal que ese no era el caso). Mi padre al poco tiempo compartió su visión con la comisión de misiones de una denominación que él conocía, y después de estudiar su caso, le dijeron que era “muy viejo” para esa tarea, y que “tenía demasiados hijos”. Después habló con una comisión misionera de otra denominación, y le dijeron básicamente lo mismo.

Después de mucha oración, sintió que verdaderamente era el Señor que lo llamaba, así que se comunicó con todos los pastores y amigos que conocía por sus veinte años como evangelista, y también con el pastor de su congregación (Presbiteriana), y encontró en todos ellos el apoyo que buscaba. Buscó una señora cristiana que fuera su secretaria y tesorera, llamada Ruth Hood, vendió la casa y el auto, y con la bendición de nuestra iglesia local, nos enviaron a las misiones, en Diciembre de 1955.

Debido al derrocamiento del presidente Perón en 1955 fue imposible trasladarnos a Argentina directamente, así que se decidió que fuéramos a Costa Rica por un año, para estudiar español, y comenzar a aclimatarnos a Sudamérica. Mis padres estudiaron esta nueva lengua en la Escuela de Idiomas de San José, en el país mencionado y nosotros los niños aprendimos lo elemental del Español con una tutora.

Hablando de predicadores norteamericanos aprendiendo español, recuerdo la historia de uno de ellos que visitó Argentina tiempo atrás, que contó que en sus primeros intentos de hablar español durante una reunión preguntó tímidamente: “Donde está el baño de los “caballos”. Otra cosa similar le pasó a otro misionero primerizo que hizo un viaje por tierra de Buenos Aires a Córdoba, y cuando le preguntaron sus impresiones, dijo: “Al mirar los campos por el camino, vi muchas vacas, y también muchos “vacos”.

Durante ese año en Costa Rica, la suegra de mi padre, doña Gertrudis Brooker, nos vino a visitar. Ella no entendía una palabra de español; y una noche ella acompañó a mis padres a una reunión, y mi papá, hablando en el idioma nuevo, dijo en broma: “En esta noche tengo el agrado de presentarles a mi suegra, que

como toda suegra, me molesta todo el tiempo”. Por supuesto que toda la gente se rió a carcajadas, y mi abuela se puso de pie, todo sonrisas y saludando, y después dijo: ¡“Qué simpáticos que son los costarricenses”!

Recuerdo que en San José llovía todos los días a las once de la mañana, y la vegetación era increíblemente exuberante. ¡Los postes usados para los alambrados echaban raíces y se hacían árboles! Todas las casas usaban exclusivamente techos de zinc a dos aguas, el único sistema que soportaba tanta agua.

Aunque nuestro apellido “Saint” traducido significa “santo”, ¡yo no hacía mucho honor a mi apellido! Una vez jugando con mis hermanos gemelos, tres años menores que yo, en un galpón, los desafié a que saltaran estilo Tarzán hasta colgarse de un travesaño, y mi hermano José (Pepe) no lo alcanzó, cayó y se fracturó un brazo. Como “premio” por esa acción, mi padre no tardó en darme una buena paliza. En otra ocasión llevé a mis hermanos al fondo de la quinta detrás de nuestra casa, y cuando oscureció, me escondí de ellos y regresé a la casa dejándolos solos, y ellos se quedaron con un miedo tremendo y llorando a los gritos. Por esa “travesura” mía también recibí ¡el tratamiento bíblico de la varilla en el lugar estratégico de mi anatomía, mi trasero!

Papá desde el mismo comienzo se propuso no usar traductores cuando predicaba, y con gran ahínco se dedicó a dominar el español. A partir de ese tiempo sus períodos diarios de oración los hacía en el nuevo idioma, su lectura bíblica también, y leía en voz alta cada día la famosa revista “Selecciones”.

A las pocas semanas de arribar a Costa Rica, fuimos sacudidos con la noticia de que mi tío Natanael Saint y sus cuatro valientes compañeros misioneros habían sido matados por los indios Wao-dani, en las selvas de Ecuador. Evidentemente que tal evento, a pesar de ser tan duro, no disminuyó de manera alguna en mis padres su fervor y celo para continuar adelante con su llamado a las misiones en Argentina.

En Enero de 1957 volamos todos desde San José, hasta Quito, Ecuador, donde nos quedamos por dos meses, viviendo en el

complejo misionero de la HCJB, una poderosa y muy eficaz radio cristiana, con su torre de gran altura. Allí conocí a mi tía Marge (la viuda de Natanael) y a sus tres hijos, (mis primos) Kathy, Steven, y Philip. En ese tiempo mi tía supervisaba una gran casa de huéspedes para misioneros en tránsito, y servía al Señor en distintas áreas.



Marge, Kathy, Steven, Philip, Ruth Elyn, Jaime, David, José, Marta y Ruth.
Quito, Ecuador.

Estando allí me encontré con otros niños, y un deporte favorito era patinaje sobre ruedas, aprovechando un gran patio de cemento liso usado para vehículos. Un día mientras todos patinábamos y jugábamos con una pelota, esta fue a parar cerca de dos perros guardianes que custodiaban el ingreso al complejo. En mi ignorancia me acerqué a uno de estos animales que tenía el balón, intenté quitárselo, ¡y fui “recompensado” con una mordida en mi trasero! Fui llevado de urgencia a un hospital, me hicieron varios puntos, ¡y por varios días comía estando de pie! La misma noche de ese incidente desagradable, antes de cenar me pidieron que

ore dando gracias por los alimentos, y como niño criado toda la vida en el evangelio comencé diciendo: “Gracias Señor por el hermoso día que nos diste...” ¡y todos los demás al unísono comenzaron a reírse por mi plegaria tan piadosa como artificial!

Tuvimos en esa época el privilegio de viajar por avión desde Quito, en las altas montañas, hasta Shellmera, en la selva, que era la base de operaciones misionera donde trabajó mi tío Natanael. El avión, si mi memoria no me falla, era un transporte tipo militar marca Fokker, con tres motores a hélice, ¡y nos mandaron a colocar tapones de algodón en los oídos porque al parecer la cabina no era presurizada!

En Shellmera había misioneros de la Missionary Aviation Fellowship (Ministerio misionero aéreo) y también de Wycliffe, un ministerio mundial dedicado a traducir la Biblia a muchísimos idiomas. Allí conocí a mi tía Raquel, que estudiaba el idioma Wao-dani con su compañera Dayuma, y me impresionó ver en mi tía la paz interior y tranquilidad que irradiaba. Era notable su perseverancia cada día para aprender un idioma, sacándolo literalmente de la boca de esta mujer aborígen, que en sus frecuentes tratos con Raquel se había convertido a Cristo.

Cuán bueno ha sido Dios conmigo al permitirme vivir tantas experiencias, y conocer personas tan llenas del Señor que sin duda influyeron en mí hondamente, aún desde niño seguramente sin tener conciencia de ello en ese momento.

Primeros años en Córdoba, Argentina

(1957 - 1960)

Luego de los dos meses en Quito, Ecuador, volamos hasta Buenos Aires, y a los pocos días tomamos un tren a Córdoba, y el pastor Juan Clifford nos esperaba en la estación, y arrendó un “mateo” (una carroza tirada por caballos) para trasladarnos a su casa, a unos seis kilómetros de distancia. El Dr. Busse Grawitz amablemente nos prestó una casa en la zona serrana llamada Di-quecito, hasta que mi padre pudiera comprarnos una casa. En todo momento veíamos la mano de Dios abriendo puertas, proveyendo hospedaje y transporte, y brindándonos cordialidad cristiana.

Pronto se compró una gran casona vieja en Barrio Centenario, cerca del Cerro de las Rosas, adecuado para una familia con cinco hijos revoltosos! Sólo tenía camas, y una mesa de jardín con sus correspondientes sillas para aire libre, así que Papá construyó algunos muebles para los dormitorios, y luego compraron poco a poco las otras cosas necesarias.

Corría el mes de marzo, así que enseguida nos anotaron en la escuela evangélica William C. Morris, que justo en ese tiempo se

inauguraba. Otra vez vimos la bendición del Señor en el área de la educación de nosotros los chicos. Me tomaron un examen de mis conocimientos escolares generales, pero mi fluidez en español era tan limitada, que en vez de asignarme a tercer grado, como correspondía a mi edad, me “bajaron” a segundo (en la época que había primer inferior y primer superior). Mi maestra se llamaba Rosa Jalil, si mi memoria no me falla, y ¡qué recuerdos gratos tengo de ese primer año!



Alumnos de segundo grado del colegio William C. Morris - 1957 - Córdoba

Mi madre se asombró al descubrir que todos los alumnos debían usar guardapolvos blancos y su primera reacción fue: “¡todos parecen pequeños médicos!” Me imagino el desafío para ella de mantener esos cinco uniformes limpios, considerando nuestras correteadas durante el recreo en el patio de tierra, y el uso de lapiceras “fuente” que llenábamos usando los tinteros en medio de los pupitres dobles.

Las primeras semanas de clase no entendía nada de lo que ocurría en el aula, pero poco a poco fui comprendiendo y aprendiendo a expresarme en el nuevo idioma. La escuela tenía tres

ómnibus que repartían a los alumnos que vivían más lejos, y recuerdo que los chicos Saint eran casi los primeros en subir en la mañana, y los últimos en bajar; ¡cada viaje duraba quizá dos horas! En esas travesías de “turismo urbano” en el bus también se fueron perfeccionando nuestros conocimientos de castellano, aprendiendo también el “lunfardo” o expresiones típicas del idioma cordobés, además de las “malas palabras” (¡por supuesto no para usarlas, pero para sólo entenderlas!).

Están grabados en mi memoria los devocionales que nuestra maestra nos daba con frecuencia, y con cuánto afecto y respeto trataba a su Biblia, al abrirla y leerla, y con qué sentimiento nos transmitía las verdades cristianas y bíblicas. Cuando estaba en tercer grado, en la época de Pascua, recuerdo que cuando mi maestra, Rosalía Balbi, nos contaba la historia de la muerte y resurrección de Jesús, las lágrimas corrían por sus mejillas...

Cuando yo tenía unos 10 años, fui bautizado por inmersión en la iglesia del pastor Juan Clifford en Barrio Alberdi, luego de unas clases de orientación. Esa experiencia me autorizaba a participar de la Santa Cena, que se celebraba todos los domingos, y me llamaba la atención que usaban dos grandes copas para servir vino, algo que jamás había visto ni bebido.

Al poco tiempo de llegar, con el apoyo de la familia Ericsson y otras familias, Papá comenzó una iglesia en el living de nuestra casa. Realizó una campaña de una semana en el patio delantero amplio que teníamos para ganar almas, usando su llamativo pizarrón con luces de colores, y música especial. Tiempo después mi padre construyó un edificio que serviría para su ministerio evangelístico, y a la vez como salón de reuniones de la nueva iglesia. Años después la congregación compró ese edificio para ser usado como templo exclusivamente, y Papá construyó otro edificio al lado de casa para su trabajo misionero.

En esta época, muchas iglesias en Santiago, Chile se habían reunido para organizar una gran campaña unida e invitaron a mi padre y a su equipo a realizarlo. Al acercarse la fecha para la cruzada, casi todos nosotros de la familia, incluyendo mi madre, nos

enfermamos de hepatitis, del tipo más benigno. Después me enteré de la gran lucha interna que mi padre tuvo que enfrentar, frente a la decisión de quedarse a cuidar su familia, o cumplir con la campaña en Chile. Mi Mamá con fortaleza admirable lo alentó a ir a Chile, confiando que Dios nos cuidaría a todos en su ausencia. Don Felipe con el corazón cargado viajó al país vecino, y el Señor lo usó para ganar muchas almas.

Después de una reunión en Chile, entregaron a mi padre una caja llena de billetes como ofrenda, de ese país (¡con muchísimos ceros!), sin haberlo contado siquiera. Papá fue al hotel, trató en vano de contar tantos billetes, luego ¡entregó toda la caja en un banco cercano para que lo cuenten, y lo cambien a dinero argentino!

Durante ese tiempo de hepatitis me acuerdo que todos los días tomábamos una especie de sopa de Maizena, y venía una enfermera cada día también a colocarnos una inyección intramuscular (durante un mes). Eventualmente todos nos recuperamos y volvimos, gracias a Dios, a nuestras vidas normales.

En verano junto con mis hermanos y amigos del barrio, de lunes a sábado por la tarde caminábamos unas 15 cuadras hasta el río Primero (hoy Suquía) y nadábamos allí como el legendario Tom Sawyer. ¡Hoy me asombra que mis padres nos dieran tanta libertad, aún en días cuando el río venía enormemente crecido y desbordado! (Cuando el río venía crecido tomábamos la precaución de llevar como flotadores cámaras de auto infladas). En realidad hoy creo que ellos consciente o inconscientemente deseaban que aprendiéramos a valernos por nosotros mismos, a desarrollar un espíritu de aventura y fe, a no temer hacer cosas un poco riesgosas.

Nuestros pasatiempos favoritos, aparte de la natación, eran jugar con trompos, “cazar con hondas (honderas, resortereras, gomerías) andar en bicicleta, jugar fútbol, hacer chozas, leer historietas (cosa que Mamá trataba de limitar bastante) y coleccionar etiquetas o envoltorios de cigarrillos (¡ante todo la higiene!) y tapitas metálicas de bebidas gaseosas.

En esa época, mi padre me ofreció un premio en dinero, si yo leía la Biblia completa, así que de repente me volví “espiritual” y

acepté el desafío, y lo logré en cerca de seis meses. Me quedaba despierto de noche, leyendo muchas veces pasajes para mí incomprensibles, pero hoy doy gracias a Dios por ello, y por centenares de horas pasadas en la Escuela Dominical. Realmente la mente de un niño es como una esponja, absorbiendo todo. Como dice Proverbios: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo, no se apartará de él”.

Cuando cursaba el cuarto año de la escuela primaria, mi padre prometió comprarme una bicicleta si terminaba ese período con buenas notas, lo cual hice, y mi recompensa fue una flamante bici azul rodado 26, que disfruté enormemente. ¡Ahora podía recorrer kilómetros, y no sólo cuerdas en mis andanzas!

Durante todo este tiempo mi padre recorría toda la Argentina, de Norte a Sur y Este a Oeste, con su equipo de evangelización. Algunos de su equipo fueron a través del tiempo: Bill Fasig, organista, estadounidense; Pedro Boyko, trompetista, estadounidense; Daniel Ericsson, organista y director de cánticos, argentino; Francisco Bilbao, cantante, chileno; Don Landaas, acordeonista, estadounidense; Salomón Musiett, organista y director de coro, chileno; José Romera, coordinador general, argentino; Jorge Puch, organista, argentino; Haroldo Andenmatten, encargado de la carpa y equipo, argentino, y otros. Papá estaba bastante ausente de casa; pero me doy cuenta que yo nunca sentía rencor por ello. Mi madre siempre estaba con buen ánimo, contaba chistes, y mostraba que disfrutaba su rol de esposa y madre de cinco chicos, cosa que decía abiertamente cuando alguno le preguntaba. Sé que en ocasiones tenía sus diferencias con Papá, y que los dos tenían sus defectos y errores, pero sus discusiones las hacían a puertas cerradas y tarde a la noche, y nosotros los chicos no nos enteramos. Nunca se nos ocurrió que nuestros padres pudieran separarse o abandonarnos. ¡Doy gracias a Dios por esta herencia tan maravillosa!

A fines de 1959 la salud frágil de mi hermana Ruth Ellyn comenzó a deteriorarse seriamente, estuvo internada varias semanas en el Hospital Privado, y en las primeras semanas de 1960

partió con el Señor. Dios en su misericordia, en el año 1959 les dio a mis padres otra hija, llamada Evelyn, una bebé sana, que seguramente amortiguó de alguna manera la pérdida de mi hermana mayor. Recuerdo que su cuerpecito fue llevado en una carroza fúnebre tirada por caballos hasta el cementerio El Salvador de Barrio Alberdi. Mi reacción, a los 12 años de edad era: *“Pobrecita mi hermana, sufrió tanto en su corta vida, tuvo tantas limitaciones, pero ahora ya no sufre más, tiene un cuerpo sano, y está con mi tío Natanael”*.



Ruth Elyn

Año sabático en Estados Unidos

(1960 - 1962)

Para los misioneros en general es común que cada tres o cuatro años, la familia o el individuo se tome un “sabático”, que es regresar al país de origen por un tiempo para descansar, y reconectarse con las iglesias y los amigos que sostienen en lo espiritual y económico sus ministerios.

Mis padres decidieron tomar un sabático de este tipo en la época mencionada. Recuerdo que antes de viajar a nuestro país de origen, a nosotros los 4 hijos de edad escolar nos cambiaron a una escuela bilingüe (inglés-castellano obviamente), la Academia Argüello, posiblemente para refrescar nuestros conocimientos de inglés, o por otras razones.

Nuestro tiempo en esa escuela fue breve, desde Marzo hasta Agosto de 1960, y no logramos completar por supuesto el año lectivo de cada uno. Esta escuela estaba muy vinculada en ese tiempo a la gran fábrica de automóviles Industrias Kaiser Argentina, o IKA, y muchos alumnos eran hijos de directores y gerentes de dicho establecimiento.

Volamos hasta Miami a fin de Agosto, y pasamos un tiempo con mi abuela materna Gertrudis (con su esposo), mencionada en otro capítulo. Luego viajamos hasta Nueva Jersey, y nos radicamos en la misma zona, Hawthorne, donde mis padres originalmente se establecieron al poco tiempo de casarse. La iglesia de allí que sostenía nuestra obra nos prestó un modesto departamento en un primer piso por ese año.

Nos enrolaron en la escuela Roosevelt, que incluía el nivel primario y secundario. La fecha de nuestro viaje fue para que pudiéramos asistir un año lectivo completo, según los cronogramas de aquel país (de Setiembre hasta Mayo). A mí me pusieron en el 6º grado, pero al poco tiempo entendieron que según mis conocimientos, debía ser ubicado en 7º grado, según el sistema de Estados Unidos.

Fue una experiencia muy agradable y aventurera para nosotros los chicos. Recuerdo que una de las tareas de los hermanos mayores era ser niñeros para nuestra hermanita Evelyn, que tenía 2 años. Un día mis hermanos gemelos y yo decidimos divertirnos un poco al “cuidar” a Evelyn, al pasearla en su cochecito. ¡Nos pusimos a hacer carreras a toda velocidad con el cochecito y con nuestra hermana como pasajera alrededor de la cuadra (o manzana), transitando por las veredas! ¡Ella se aferraba con todas sus fuerzas para no ser despedida! Al rato nos dimos cuenta de la locura que estábamos cometiendo, porque se detuvo un auto de la policía, y el oficial nos reprendió duramente por nuestra insensatez.

En ese pueblo vivía la familia Deinum, cristianos y muy amigos de mis padres, y que tenían varios hijos aproximadamente de nuestra edad. Vivían a unas diez cuadras de nuestro departamento, y para llegar a pie había que atravesar varias calles, un puente en un parque cercano, y cruzar una avenida muy transitada. Un día la señora Deinum telefoneó a mi madre, preguntando por la pequeña Evelyn. ¡Cuál no sería la sorpresa de Mamá al saber que la chiquilla estaba en casa de esa familia! ¡Con dos años de edad había caminado esas diez cuadras sola para visitar

a su “tía”! Una vez más mis padres agradecieron a Dios por los ángeles que cuidan a los niños, ¡en especial los hijos de los misioneros!

En esa época mis padres comenzaron a alentarme para aprender a tocar algún instrumento musical. Mi hermana mayor Marta ya sabía tocar el acordeón, y por alguna razón elegí aprender guitarra. Así que me buscaron un maestro de ese instrumento y todos los miércoles me llevaban a mi clase para aprender las nociones básicas, y además ensayaba un rato cada día. Cuando regresé a Argentina tiempo después, conocí a un joven llamado Pedro Guzmán que tocaba muy bien la guitarra, y él me dio algunas lecciones de cómo tocar la guitarra estilo folklore argentino.

Un día yo estaba observando a unos chicos jugando al béisbol en el patio de la escuela, entre ellos un compañero de mi grado, que no tenía empacho en llenar el aire con “malas palabras”. Sin pensarlo mucho le dije: “Si vos supieras jugar béisbol como sabés insultar, serías un campeón”. El chico se enojó muchísimo conmigo, y dijo que junto con sus amigos, ¡me darían una paliza a la salida de la escuela! Durante las clases pensé seriamente regresar a mi casa (a unas 8 cuadras de distancia) yendo por calles diferentes a lo acostumbrado, pero después pensé que eso sería cobardía de mi parte, así que volví usando la ruta de siempre. Para mi alivio la “amenaza” no se cumplió y ningún “matón” apareció para hacerme daño.

Al reflexionar sobre estos tiempos de mi vida, me doy cuenta que el Señor les había dado a mis padres una gracia especial para ganar amigos por todas partes, en especial amigos cristianos que siempre estaban dispuestos a ayudarnos como familia misionera, en todas las áreas imaginables. Recuerdo que en todas las iglesias se tenía un concepto muy alto de personas en ese ministerio, y los respetaban y apoyaban continuamente.

Mis padres habían conseguido de algún modo un automóvil usado para movilizarse en ese año en Norteamérica. Entre el templo donde asistíamos y nuestro departamento había una playa de estacionamiento para los feligreses, y mi padre comenzó a darme



Familia Saint - 1961 - Estados Unidos

las primeras clases en la conducción de autos, y me dio permiso para practicar con el auto en esa playa de la iglesia. Creo que allí nació mi gran amor por los coches, ¡que nunca se desvaneció! También pude practicar por las calles de una hermosa colonia cristiana de muchas hectáreas llamada “Liberty Corner Deaconry Fellowship”. Dicha institución era dirigida por una asociación cristiana de “diaconisas” de origen alemán, que mi padre visitó muchas veces para predicar y dibujar.

Cuando llegó el verano del 61, tuve el privilegio de asistir por una semana a un campamento cristiano llamado Boys’ Brigade (algo así como los Boy Scouts, o Niños Exploradores). Después asistí a otro campamento cristiano en el estado de Nueva York llamado Word of Life (Palabra de Vida) por cinco semanas. Este campamento tenía tres áreas de ministerio: El “Rancho” con ambientación del “Far West”, para niños, al cual asistí; la “Isla”, para jóvenes, y “La hostería”, para adultos.

Estando en Córdoba, ya había disfrutado de varios campamentos LAPEN (Liga Argentina Pro Evangelización del Niño) dirigidos por la excelente misionera británica Margarita Tyson; hoy me doy cuenta del gran privilegio que tuve de asistir a todos estos campamentos, y el profundo impacto espiritual que produjeron en mí, incluyendo las enseñanzas bíblicas, las canciones, el compañerismo con otros chicos, los deportes y esparcimiento sanos, los fogones de “consagración” y demás.

Al terminar el verano nos preparamos para regresar a Argentina. Debo mencionar que dicho “sabático” resultó ser bastante complicado para nuestra familia, especialmente por los sistemas escolares tan diferentes, incluyendo las fechas totalmente diferentes de comienzo y cierre, por lo cual nuestros padres decidieron no regresar más como familia a nuestro país de origen, como en esa ocasión.

Para mi sorpresa se decidió que mi madre y los cinco hijos regresáramos a Argentina por buque, así que embarcamos en Nueva York y viajamos por la empresa Moore Mc Cormack, un barco carguero que además de la carga que llevaba, estaba dise-

ñado para transportar sólo doce pasajeros. El viaje completo tardó un mes (Octubre del '61), y fue otra experiencia interesantísima. Estuvimos como dos semanas en alta mar sin ver tierra; el buque ancló en Santos, un puerto importante de Brasil, por una semana, luego paramos en Río de Janeiro por algunos días y pudimos visitar el "Corcovado", y la gran estatua de Jesucristo que mira toda la bahía del puerto mencionado.

Recuerdo que el cocinero del barco, después de cada almuerzo, tiraba las sobras de comida al mar, donde se veían claramente las aletas verticales de varios tiburones, atentos a la comida fácil. Debido al constante vaivén del barco en el océano, cuando estábamos sobre cubierta, mi madre le ponía a mi hermanita un arnés sujeto con una correa, por cuestiones obvias de seguridad.

Cuando regresamos a Córdoba, al poco tiempo me enteré de la desagradable noticia de que los estudios realizados en Estados Unidos ¡no me servían académicamente para nada! Como yo sólo había hecho la mitad de quinto grado en la Academia Argüello, esos meses de estudio tampoco tenían valor, así que tuve que enfrentar el arduo desafío de rendir "libre" quinto y sexto grado en un solo verano, para poder ponerme a la altura de mis antiguos compañeros del colegio William C. Morris.

Mis padres buscaron una maestra particular del barrio, la Señora de Salvi, y estudiando día y noche, con mi español algo "oxidado" por falta de uso, con la ayuda del Señor pude aprobar en Diciembre '61, el quinto grado. Luego pasé el resto del verano estudiando arduamente las materias de sexto grado, que yo no había cursado en absoluto...

Una vez más pude ver la bondad de mi Salvador al ayudarme a estudiar todo ese caluroso verano y aprobar sexto grado en Marzo del '62, y poder ingresar al primer año de la secundaria. Reconozco también la gran bendición de tener el apoyo de padres cristianos, sin lo cual seguramente no hubiera logrado aprobar esos dos grados.

Hoy, como pastor, cuando observo en la congregación familias enteras que siguen a Cristo, me emociono al ver que el Señor re-

almente hace la diferencia en los hogares, y siento una gran satisfacción de creer y predicar un Evangelio que fortalece de manera tan tangible esa institución tan caro al corazón de Dios que es la familia.

Escuela secundaria en Córdoba

(1962 – 1967)

Como conté a mis gentiles lectores en el capítulo anterior, con la ayuda del Señor pude aprobar quinto y sexto grado “libre”, e inscribirme en el primer año de la secundaria William C. Morris, que se inauguraba oficialmente ese año '62, comenzando solamente con ese curso. A medida que nosotros los estudiantes íbamos pasando de año, inauguraban ese nivel para nosotros, y para los demás que vendrían detrás de nosotros, ¡así que nuestro grupo siempre era el mayor en edad!

Doy gracias a Dios por esos años de secundaria en una escuela cristiana, donde continuamente nos impartían los principios morales cristianos, y el conocimiento de la Biblia. Cada tarde se empezaba con un devocional a todos los alumnos, y en las distintas materias los profesores daban el punto de vista evangélico. Este colegio daba el diploma de Bachiller a los cinco años de estudios completados, y haciendo un año más, se obtenía un segundo título de Maestro de escuelas primarias, así que en el cuarto y quinto año ya había materias que nos orientaban al Magisterio.

Estas materias evidentemente comenzaron a despertar en mí un interés o llamado a la enseñanza o docencia, lo cual veo como una providencia también de mi Creador.



Primera promoción de la Escuela Secundaria William C.Morris

Uno de mis primeros actos de servicio cristiano fue acompañar a dos señoritas de mi iglesia de barrio Centenario a una “hora feliz” (una clase bíblica para niños al aire libre) todos los domingos a las 3 de la tarde. Estas clases se dictaban en una “villa” o “asentamiento” que estaba a las orillas de un canal, cerca de barrio Villa Marta, y se daban de Marzo a Noviembre. Luego de unas semanas comencé a llevar mi guitarra para el tiempo de canciones, y en ocasiones me pedían que diera alguna clase bíblica. Recuerdo que era recomendable que un varón acompañara a estas señoritas, porque a veces había borrachos que podrían dificultar la labor de ellas.

Otra experiencia fue que un compañero de la secundaria me invitó a dar una charla a su grupo de preadolescentes en Barrio Alberdi. Recuerdo que estudié y transpiré por una semana preparando esa charla, ¡y en sólo cinco minutos hablé todo lo que pude y no tenía nada más para decir! En otra ocasión en la congregación se anunció que hacían falta voluntarios para hacer trabajos manuales en un hogar de huérfanos en Río Segundo, así que con mi amigo Pedro Guzmán, que como mencioné también me enseñó en esa época nociones de guitarra folklórica, viajamos allá, y en seguida nos pusieron a construir un gallinero. Al concluir dicha tarea yo sentía que tenía picazón en todo el cuerpo, y descubrí que al hacer el gallinero y entrar en contacto con esas aves de corral, ¡me había llenado de hitas! (una especie de pulga que tienen las gallinas).

Urgentemente mi amigo y yo nos tuvimos que bañar con una loción especial para eliminar esos parásitos molestos, y luego el director del hogar me pidió que en una reunión esa noche con los niños yo diera una charla bíblica a ellos. Tuve la idea de contar la historia del Hijo Pródigo (San Lucas 15) y lo hice lo mejor que pude. ¡Cuál no sería mi sorpresa y desánimo cuando, al concluir, el director del orfanatorio se puso de pie y contó la misma historia toda de nuevo! Evidentemente mi exposición no había sido muy clara o didáctica.

En ese tiempo me entusiasmé con el deporte de ping-pong, (o tenis de mesa), y en casa teníamos un ex garage con una mesa para ese deporte y en invierno con mis amigos pasábamos horas jugando. También me comenzó a gustar la práctica de voleibol, por un lado porque yo era un “pata dura” (torpe) al fútbol, y también porque el permitía la participación de las señoritas, ¡cosa que a cualquier adolescente le interesa!

Otra de mis actividades “extra curriculares” era un pequeño taller en un galponcito en el patio de casa, donde reparaba bicicletas, y pelotas de fútbol o voleibol, pudiendo ganar un poco de dinero por mi cuenta, que me enorgullecía enormemente. Preparé unas tarjetas caseras de publicidad, y recorría los barrios en mi

bicicleta haciendo promoción de mi “empresa” entre los chicos de la zona.

Otra actividad, que no me enorgullece, fue que en primer año de secundario, comencé a fumar cigarrillos, por supuesto a escondidas de mis padres, especialmente a la salida de la escuela, con algunos compañeros. Tratábamos de ocultar el olor a tabaco en nuestro aliento con pastillas fuertes de menta o mentol y otras cosas, pero un día mi padre descubrió esta nueva “afición”, y para corregir mi inclinación torcida, usó nuevamente el método bíblico de la varilla ¡en el punto estratégico de mi anatomía! Hoy en día, al ver tantos adolescentes y jóvenes dados a la mariguana, a las drogas, y al alcohol, doy gracias a Dios por mis padres que cortaron en mí, a temprana edad, esa fascinación por cosas que terminan destruyendo a la persona. También, siendo padre de dos hijos, me pregunto, al ver esas adicciones en los adolescentes, ¿dónde están sus padres, y por qué no están haciendo cosas efectivas para frenar esos hábitos destructivos en sus hijos?

Recuerdo que en esta época tuve el privilegio de acompañar a mi padre en una campaña evangelística con carpa que se realizó en un pueblito en el interior de la provincia del Chaco, llamado Pampa del Indio. Había una misionera bautista allí que deseaba impactar dicho pueblo para Cristo. Viajamos horas interminables desde Córdoba, armamos la carpa, y por una semana sembramos la Palabra por doquier. En el mismo pueblo había un pequeño parque de diversiones funcionando, y una noche mi padre me pidió que fuera hasta allí para pedir al dueño que bajara un poco el volumen de sus parlantes, que se oía nítidamente, debido al gran silencio reinante en ese pueblo de campo. Oré intensamente al caminar hacia ese lugar, y sentí que debía controlar mi enojo y pedir dicho favor con cortesía y diplomacia, y el dueño amablemente ¡accedió a mi pedido!

En una ocasión, viajé a Río Primero, un pueblo cerca de Córdoba, para acompañar a mi padre al concluir su campaña allí, y ayudarlo a bajar la carpa para regresar a casa. La última noche del evento, que se realizaba en una época de plaga de “juanitas”

(un insecto molestísimo que emana un olor repugnante) mi padre estaba realizando su dibujo acostumbrado, siendo las únicas luces prendidas en ese momento las de su pizarrón. Yo veía que él, con su mano izquierda, dibujaba, y con la derecha trataba de ahuyentar esos bichos tan horribles, y no pude menos que sentir una enorme admiración por mi padre, que hacía esfuerzos tan grandes para ganar almas para Cristo, ¡a cualquier precio!



Marta y David en Córdoba

En este tiempo me enteré que el ministerio LAPEN estaba reclutando maestros para los campamentos de niños de verano que se realizaban en un lugar de las sierras de Córdoba llamado Parque Síquiman. Así que realicé dos o tres cursos para maestros, y tuve el gran privilegio de servir en esa área por varios años. ¡No hay cosa mejor para aprender a enseñar la Biblia que hacerlo al aire libre a un grupo de ocho o diez chicos inquietos! En ese tiempo los campamentos duraban una semana, y recuerdo que al finalizar uno, que había sido bastante intenso, al volver a casa ¡dormí 24 horas sin interrupción!

En el año 1965, mi hermana Marta, que había ido a Buenos Aires a estudiar en el instituto IBBA (Instituto Bíblico Buenos Aires) contrajo enlace con otro estudiante, ya graduado, Samuel Berberían, que con los años demostró ser un excelente hombre de Dios, marido y padre.

Durante mi último año de secundaria, la escuela dio a los alumnos charlas de orientación vocacional. Como cualquier joven, yo me preguntaba cuál sería mi vocación secular. Me enteré que en un hospital público ofrecían un curso de colocación de inyecciones, que duraba un mes, de 7 a 10 de la mañana. Así fue que decidí hacer ese curso como un experimento, pensando que tal vez tenía inclinación por la medicina. Conseguí prestado un guardapolvo blanco y me enseñaron las técnicas básicas para ese servicio. Pero después de diez días de poner inyecciones en brazos, venas y nalgas, me di cuenta rápidamente ¡que la profesión médica no era para mí y renuncié!

A fines de 1966, mi último año de escuela secundaria, el Señor comenzó a despertar en mí un gran hambre por más de Dios. Yo no sabía qué hacer, así que me involucré más y más en Su obra. En ese tiempo conocí a un misionero Pentecostal, Milton Pope, y él abrió mis ojos a muchas verdades que yo ignoraba totalmente, y mi sed se aumentó aún más. Él me prestó el libro “El Espíritu mismo” del Rev. Riggs, y también leí “La cruz y el puñal” del Rev. David Wilkerson, que claramente hablaba de una segunda experiencia llamada el bautismo en el Espíritu Santo. Pude comprobar que todas estas enseñanzas tenían una sólida base bíblica.

Un compañero de la secundaria, Gastón Fontaine, compartía mi búsqueda espiritual, y me contó de una iglesia Pentecostal muy fogosa en barrio San Martín, liderada por un misionero, el Rev. Oslin. Fuimos los dos, y me impactó muchísimo lo que presencié: el gozo de la gente, los aplausos, las manos levantadas en adoración, los testimonios de milagros, y el fervor tan evidente. Esa noche un hombre me dio una “palabra de ciencia”, un don que yo apenas sabía que existía.

Cuando mi padre se enteró de mi visita a esa iglesia, no le gustó para nada, e insistió en acompañarme al siguiente culto, pero a él no le impresionó, y me pidió que desistiera de concurrir allí. Al ver que mi sed de Dios (o para él quizá fanatismo) se había vuelto peligrosa, insistió que en Marzo del año siguiente (1967) yo fuera a estudiar al Instituto Bíblico donde estudiaba mi hermana Marta, en Buenos Aires, todo ello para alejarme de la “mala” influencia de los hermanos pentecostales. Después de mucha oración decidí obedecer a mi padre, aunque reconozco que con muy poco entusiasmo.

En años anteriores mis padres habían ido de vacaciones en carpa en varias ocasiones con nosotros sus hijos, al dique Los Molinos, Atos Pampa y Cosquín, y en el verano del '67 nos fuimos también de veraneo en carpa al dique La Viña (hoy Medina Allende). Fue maravilloso ese tiempo, y nos dedicamos a pescar, hacer cacería, a nadar en el lago, a remar, etc. Sin nosotros saberlo, Papá recorría esa zona agreste, buscando un lugar adecuado para comprar o construir una colonia de vacaciones cristiana para todo el pueblo del Señor.

Así fue que en sus caminatas por las sierras cercanas, descubrió un valle “perdido” que antes había sido un criadero de cabras, ahora abandonado, y nos llevó a toda la familia, en medio de rocas, arbustos y espinos a verlo. Años después Papá solía decir en broma a los acampantes de esa colonia: “Aquí antes se criaban cabras; ahora es un criadero de ‘ovejas’”.

De esa manera Dios lo guió a ese valle, que en pocos meses compró, e inmediatamente comenzó con gran entusiasmo a construir “de la nada” su querida colonia, que después llamó “Valle del Lago”.

Instituto Bíblico en Buenos Aires y comienzos de Valle del Lago (1967-1968)

Como compartí en el capítulo anterior, acepté el pedido de mi padre de trasladarme a Buenos Aires para iniciar los estudios en el IBBA. Había terminado el Bachillerato en el colegio W.C. Morris, y tuve que abandonar mi proyecto de hacer un año más allí para obtener el segundo título de Maestro de escuela primaria.

Recuerdo mis emociones al arribar a la enorme capital de Argentina; me sentía por un tiempo como un conejo asustado. Al poco tiempo estaba instalado en mi dormitorio en el moderno edificio de dicho instituto sobre la calle Pampa, en barrio Belgrano. Yo seguía con esa gran hambre espiritual, que no quedaba satisfecha con meras explicaciones.

Ese año lectivo comenzó con una semana de énfasis espiritual, y asombrosamente, el predicador invitado era un misionero bau-

tizado en el Espíritu Santo llamado Orville Swindoll. Enseguida me enteré de sus convicciones “pentecostales” y en su última prédica a todos los estudiantes habló de la importancia de ser “lentos” del Espíritu Santo, cosa que yo en ese momento ¡entendía perfectamente!



Profesores y estudiantes del IBBA - 1967

Sin poder esperar más, fui hasta la habitación allí en el instituto donde se hospedaba el misionero mencionado, y le conté de mi gran sed de más de Dios. Con mucho amor y paciencia él repasó algunos pasajes bíblicos que hablaban del bautismo en el Espíritu, luego impuso sus manos sobre mí, y recibí esa gloriosa experiencia, hablando en nuevas lenguas como el Espíritu me daba que hablase.

Ese día el Señor revolucionó mi vida entera, el fuego de Dios llenó mi corazón, y no quería otra cosa que orar, servir a Dios sobre todas las cosas, y reunirme con personas con la misma pasión. Recuerdo que subía a una pequeña habitación en la parte superior del edificio, orando por horas e intercediendo por mi-

sioneros, usando un librito con un listado de los mismos, de la Alianza Cristiana y Misionera.

Después me enteré que una iglesia en Quilmes estaba en pleno avivamiento, y hacían vigili­as de oración todos los viernes, así que yo iba en tren, subte y otro tren en ese día para participar de esas reuniones especiales gloriosas. También me enteré que un lunes al mes había un culto de avivamiento cerca de la plaza Once abierto a todos los cristianos, y cuando podía, asistía a esos eventos llenos del Espíritu.

Los pastores que promovían este avivamiento fueron de gran inspiración para mí: el mencionado Orville Swindoll, Jorge Himitián, Keith Bentson, Iván Baker, Alberto Darling, Augusto Ericsson, Juan Carlos Ortiz, Jorge Pradas, Ángel Negro, Eduardo Miller y otros. También disfruté la amistad de un pastor pentecostal de la Unión de las Asambleas de Dios, en barrio Coghlan, Rev. Ángel Furlan.

El instituto bíblico tenía como norma que cada estudiante sirviera en una congregación específica, y yo deseaba hacerlo en una iglesia pentecostal, pero no lo permitieron, así que fui designado a colaborar en una iglesia en Villa Tesei ese primer año, y en el segundo año en otra en barrio Olivos. En los dos lugares me dieron amplia oportunidad de trabajar en diversas áreas, por lo cual estoy agradecido al Señor.

Doy gracias a Dios por la oportunidad de estudiar en ese instituto, pues fue de mucha inspiración y pude crecer en el conocimiento de la Biblia, además de estudiar otras materias afines. En especial agradezco a mis profesores Juan Shannon, Myron Voth, y David Constance, cuyas esposas también dictaban clases.

Mientras estudiaba en ese instituto se me ocurrió escribir una carta al evangelista Billy Graham para pedir consejo sobre qué estudiar al capacitarme para el ministerio. Su esposa Ruth amablemente contestó dicha carta, recomendándome a cierto autor cristiano erudito, pero escribió: "Mi esposo Billy te recomienda que por sobre todas las cosas estudies en profundidad la Biblia misma, que es el mejor cimiento para servir eficazmente al Señor."

Recuerdo que los estudiantes de primer año fuimos a plaza Once a realizar una reunión evangelística en una noche de otoño, acompañado de varios profesores. Pusimos una pequeña plataforma, y teníamos un micrófono con amplificación portátil. Me tocaba a mí dar una de las prédicas, así que me preparé con mucho cuidado. Cuando me tocó dar mi mensaje, grité con tanta fuerza, ¡que en 5 minutos me quedé totalmente afónico y no pude terminar mi discurso!



David sirviendo a Dios enseñando la Biblia a niños.

Cuando volví a Córdoba en las vacaciones de invierno, estaba con ese fervor maravilloso, y mi padre, según él mismo contó después, estaba alarmado. Tuvimos largas conversaciones teológicas sobre las “nuevas” verdades pentecostales, en que Papá trató de disuadirme, pero yo ya había analizado las bases bíblicas de estas enseñanzas y estaba seguro en mis convicciones.

Fue durante esas vacaciones, que mencioné en el capítulo uno, que un día estaba orando en el templo al lado de mi casa, en un día que no había reunión, y el Señor habló claramente a mi corazón: “Habla a mi pueblo”. Con esa palabra entendí que mi Creador me llamaba al ministerio, y que mi tarea principal sería enseñar la palabra del Señor a los creyentes.

Durante esos dos años, Papá se abocó con toda pasión a construir su querida Colonia. Luego de comprar el valle, la primera gran tarea fue construir un camino de acceso al mismo, en sí un emprendimiento muy desafiante. Luego había que cavar pozos para obtener agua, y después construir una cocina, y un comedor precario. Todo se hizo sin demorar, y aunque las condiciones de la colonia eran todavía muy precarias, mi padre inauguró la primera temporada, de sólo quince días, en Febrero de 1968.

¡Los primeros que vinieron a esa breve temporada tenían que ser personas muy audaces y valientes! Algunos se asustaban al ver el camino tan angosto, sinuoso y peligroso, especialmente por la famosa cuesta llamada “el caracol”. Todos debían traer sus carpas, ya que no hubo tiempo todavía para construir los moteles. El comedor tenía por techo la carpa que mi padre usaba en sus campañas, y para nadar, todas las tardes, a las tres de la tarde, íbamos todos caminando, cada uno con su salvavidas, hasta el lago, distante unos setecientos metros.

Durante este período, y aún antes, mis hermanos gemelos pasaron por una etapa de enfriamiento espiritual que tenía a mis padres lógicamente muy preocupados. Esta crisis llevó a que mis dos hermanos viajaran a Estados Unidos para enrolarse como voluntarios en el ejército de aquel país, durante dos años. Dios usó esa experiencia para transformar la situación espiritual de ellos, y al poco tiempo de regresar a Argentina, los dos tuvieron un nuevo encuentro con el Señor. Más tarde Pepe conoció a una señorita cristiana de Santiago del Estero llamada Susana Lemos, y Jaime conoció a una chica cristiana de Norteamérica llamada Lynn Hulstedt, se casaron y hasta hoy aman y siguen a su Salvador.

•••••

Cuando yo cursaba el primer año del seminario, mi hermano Jaime se enfermó de reuma infecciosa que lo tuvo semi postrado casi un año, sus coyunturas muy inflamadas, y su piel con grandes manchas en varias partes del cuerpo. Le realizaron diversos tratamientos médicos que no dieron resultados positivos. Al celebrar la Navidad ese año, estando presentes mi hermana Marta, su esposo Samuel, y su pequeño hijo Esteban, decidimos ungir con aceite a Jaime, para que sea sanado, conforme a Santiago 5:14 (un pasaje en La Biblia). ¡En quince días estaba completamente sano, tanto que recuerdo que en Valle del Lago estábamos los tres hermanos cargando un carro con arena! ¡A Dios sea la gloria por sus milagros!

Vivencias en Tucumán, Estados Unidos y Buenos Aires (1968 - 1971)

En Noviembre de '68 con la ayuda del Señor había completado el segundo año del Curso pastoral del Instituto Bíblico en Buenos Aires, y aconsejado por varias personas me propuse dedicar un año para ministerio práctico, con la idea de regresar y completar los dos años que me faltaban. En ese mismo mes asistí a una reunión de jóvenes en la iglesia de un pastor amigo, y durante el tiempo social conocí a una señorita cristiana que por razones de privacidad llamaré "*Alicia*". Me sentí muy atraído a ella, conversamos mucho e intercambiamos nuestros teléfonos, y en poco tiempo la invité a una reunión especial que se realizaba a los pocos días en la congregación del pastor Juan Carlos Ortiz.

A la salida de esa reunión tomamos unos helados y decidimos

mantenernos en contacto, al regresar yo a Córdoba. En el mes de enero siguiente me trasladé a la naciente colonia Valle del Lago con mi familia para colaborar en este proyecto de mi padre. Todo estaba allí en estado muy primitivo, y había mucho trabajo para hacer, y lo encaramos con mucho entusiasmo. Mi nueva amiga Alicia con sus padres fue a veranear en ese mes, y después de bastante conversación iniciamos un noviazgo allí en la Colonia.

Cuando llegó Marzo, recordando conversaciones con pastores y misioneros de Buenos Aires, decidí trasladarme a la ciudad de San Miguel de Tucumán para servir al Señor en calidad de colaborador y ayudante bajo la guía del pastor Saúl Gottardi y otros pastores de la Asamblea Bíblica. Recuerdo que un pastor que conocía Tucumán me dijo en broma: “Allá te van a dar una habitación y un sendero (para un baño afuera de la casa)”. ¡Menos mal que no resultó así! El pastor mencionado muy amablemente me dio hospedaje en su casa junto con su familia, y agradezco las muchas lecciones que aprendí de este siervo de Dios.

Una cosa que me impactó del pastor Gottardi, que era oriundo de Córdoba, fue que con frecuencia ayudaba con sus propias manos a los miembros pobres de su congregación a hacer buenos baños con cámaras sépticas y pozos “negros” o “ciegos” en sus casas, para mejorar la calidad de vida de ellos.

Mi tarea consistía en asistir a los pastores de esta asociación, dirigiendo las alabanzas con mi guitarra, enseñando la Palabra donde hiciera falta, colaborar en la obra juvenil y ayudar en tareas prácticas manuales diversas. Recuerdo que en un pueblo llamado Bellavista, me pidieron que pintara con aceite de lino una nueva casa prefabricada. En otra ocasión ayudé como peón de albañil cuando se hicieron algunas refacciones en la casa pastoral en un pueblo llamado El Manantial. Fue una experiencia fascinante y aleccionadora trabajar con los pastores Pablo Mansewitsch, Wenceslau Mansewitsch (hermano de Pablo), Tito Gottardi (hermano de Saúl), Iván Kobluk, y otros.

Estos pastores tenían cada uno su congregación en distintos puntos de la ciudad y la provincia de Tucumán, y afortunada-

mente la casa de Gottardi , donde me hospedaba, quedaba muy cerca de la terminal de ómnibus de aquella época, que me facilitaba el traslado a los diferentes barrios y pueblos. Allí conocí también al misionero Jack Schisler, que era un supervisor o apóstol, que había vivido mucho tiempo en esa provincia, y que marcó mi vida también de manera positiva.



David junto al misionero Keith Bentson - Tucumán

Durante mis cuatro meses en ese lugar participé por primera vez de reuniones de pastores, en esta ocasión de pastores de la Asamblea Bíblica, y se me grabó en el corazón la importancia de dichas reuniones y el compañerismo entre siervos de Dios, al realizar encuentros de este tipo, que solían ser una vez al mes. Tiempo después, al asentarme nuevamente en Córdoba, tuve el privilegio de ser uno de los que promocionaron reuniones de pastores a nivel interdenominacional en esa ciudad, que fue aumentando en importancia y concurrencia hasta el día de hoy.

Al concluir mi tiempo en Tucumán viajé a Buenos Aires para pasar un tiempo con Alicia, antes de emprender la segunda etapa

del año de práctica ministerial. Resulta que en el verano de '69 vino un verdadero avivamiento espiritual en la colonia Valle del Lago; centenares de personas de muchas iglesias recibieron allí el bautismo en el Espíritu Santo; en los cultos caía la presencia de Dios de manera increíble y duraban horas y horas cada vez, y todo el día se veía grupos de personas por el parque orando espontánea e intensamente.

Los miembros del equipo evangelístico de mi padre no estaban de acuerdo con este fuego extraordinario, y de alguna manera llegó la noticia de estos eventos a los amigos de Papá en los Estados Unidos, que por años habían apoyado fielmente su ministerio en lo espiritual y económico. Mi padre comenzó a recibir cartas tajantes de ellos diciendo que no iban a sostener más a un misionero que estaba hablando en lenguas, y experimentando cosas para ellos heréticas, bizarras, y anti-bíblicas. Esto ocurrió justo mientras varios edificios nuevos en la Colonia estaban en plena construcción, y la interrupción repentina de las donaciones hizo que fuera necesario parar las obras por el momento.

Después de mucha oración, mi padre decidió que era imperativo realizar un viaje a los Estados Unidos lo antes posible, y me invitó a que lo acompañara. Su objetivo era visitar a todos sus amigos allá, tratar de explicarles lo que estaba pasando, demostrar que todo ocurría en el marco de las enseñanzas de la Biblia, e intentar recuperar su apoyo. El plan "B" era naturalmente contactarse con pastores carismáticos o pentecostales en ese país, contarle nuestro testimonio (Papá había recibido el bautismo del Espíritu en la Colonia ese verano), y dar al Señor la oportunidad de levantar nuevos amigos o patrocinadores de la obra en Argentina.

Al arribar a Norteamérica, un amigo que tenía una agencia de alquiler de autos de Nueva Jersey nos prestó un coche nuevo, y comenzamos a recorrer ese país, mayormente la parte Este. Más tarde mi cuñado Samuel Berberían, que justo estaba también en el país del norte, nos vendió su auto, cuando le tocó partir a otro destino. Recuerdo las largas conversaciones de mi padre con

cada pastor y amigo, esforzándose en demostrar que él no estaba negando ninguna de sus convicciones cristianas de siempre, sino que simplemente el Espíritu Santo había ampliado su visión, enseñándole muchas cosas que antes ignoraba.



Felipe y David Saint junto al auto en el que recorrieron Estados Unidos

Una de las cosas por las cuales respeto a mi padre es que a la edad de 55 años, él estuvo dispuesto a reconocer con gran humildad su ignorancia en cuanto a muchas prácticas y doctrinas cristianas, y hacer grandes cambios para ajustar su vida y ministerio a estas cosas nuevas (para él y nosotros).

Al pensar en estas cosas, puedo decir que él fue mi primer mentor, pues al pasar tanto tiempo en su compañía, primero como hijo, y ahora como ayudante, no pude menos que aprender muchas cosas de él. Recuerdo que él solía decir en broma que conocía la fórmula del éxito: “Por la mañana organizo mi día; después converso con mi esposa Ruth, y REORGANIZO mi día”. También en son de chanza decía: “Cuando Dios y mi esposa se ponen de acuerdo en algún asunto, es inútil que yo discuta”. Una vez mientras viajábamos por los Estados Unidos me dijo: “Hijo, podemos estar seguros de que algún día seremos famosos” ¿Por qué? -le pregunté yo- “Porque ya hemos tenido los comienzos humildes” –respondió él.

La mayoría de sus antiguos amigos lo escucharon cortésmente y expresaron su afecto y respeto personal por él, pero mantuvieron su postura de rechazo a su nueva experiencia y prácticas, y su decisión de no brindar más sostén económico. Al ver esa actitud, no hubo más remedio que comenzar a contactar líderes cristianos que simpatizaran con este mover del Espíritu Santo. Dios abrió cada vez más puertas, estos pastores se sentían impactados y maravillados por el cambio efectuado en mi padre, y comenzaron a brindar su apoyo. El apellido Saint era bastante conocido gracias al martirio de mi tío misionero Natanael en 1956, y por la obra cristiana que estaba realizando entre los mismos aborígenes Waodani mi tía Raquel Saint.

En Noviembre de ese año, después de casi seis meses de constantes viajes, y muchas entrevistas y reuniones en nuestro país de origen, regresamos a Córdoba, Papá pensando mucho en su Colonia, y yo pensando mucho en Alicia.

Nuestro noviazgo hasta ese momento se había llevado a cabo mayormente mediante visitas ocasionales, cartas, y llamadas telefónicas, y la distancia entre Córdoba y Buenos Aires no ayudó mucho a que nos conociéramos cabalmente. Al concluir la temporada de trabajo en Valle del Lago, decidí trasladarme a Buenos Aires con la idea de buscar empleo, y cuando llegara el momento, casarme con Alicia.

Viajé a Buenos Aires (ya no tenía intención de completar los dos años de seminario que me faltaban) y me hospedé con el misionero Keith Bentson y su familia que gentilmente me ayudaron en ese momento. Al poco tiempo conseguí empleo como profesor de inglés en la Academia Internacional Berlitz, que tenía una sucursal a poca distancia de la Casa Rosada, sede del gobierno nacional de Argentina. Al reflexionar sobre mi empleo con Berlitz, una vez más pude ver la guía y la misericordia del Señor, porque no solamente en esa academia conseguí trabajo, sino que aprendí un oficio que me sirvió por muchos años como fuente de ingresos.

Ahora que estaba radicado en Buenos Aires, Alicia y yo pudi-

mos tener un noviazgo de verdad, con dos o tres visitas semanales, y congregándonos en la misma iglesia, haciendo paseos, y dialogando mucho. Al pasar las semanas comencé a sentir una gran inquietud y falta de paz respecto a mi relación con esta buena chica cristiana, y no sabía qué hacer. Por las noches recorría el barrio cerca de la casa donde me hospedaba orando, y clamando al Señor por su guía.



David dirigiendo las alabanzas en Bahía Blanca

Después de poco más de un mes de vernos con frecuencia, y conversar y salir juntos, llegué a un punto de ansiedad que no soportaba más, así que un día hablé con ella, con mucho dolor, y le dije que yo no tenía paz respecto a nuestra relación y que no podía continuar más con el noviazgo. Fue una experiencia muy traumática para mí como seguramente para ella, y tardé mucho en recuperarme.

Al mirar retrospectivamente y con el paso del tiempo, me doy cuenta que es muy probable que debido a mi experiencia con el bautismo en el Espíritu, más los dos años de estudios teológicos en el seminario y mi asociación con los líderes del movimiento del Espíritu de aquella época, de alguna manera había llegado a creer que yo era una persona muy especial, y sin darme cuenta, me había envanecido bastante. Reconozco que durante todas las etapas de conocer a Alicia y luego iniciar un noviazgo con ella, yo nunca había consultado con mis padres, ni con mis mentores y pastores amigos, ni pedido consejo.

Como hacía poco había conseguido un buen empleo con Berlitz, y también había descubierto mi vocación como profesor de inglés, decidí quedarme en Buenos Aires, a pesar de la experiencia desagradable que había vivido. Al poco tiempo me mudé con mis pocas pertenencias a una pensión en la zona de Caballito, cerca de la línea de tren subterráneo que me facilitaba trasladarme a mi lugar de trabajo. Decidí cambiarme a la iglesia que en ese tiempo pastoreaba el reconocido pastor Juan Carlos Ortiz, donde fui acogido con mucho afecto. Considero a este siervo también como un verdadero mentor que Dios en su misericordia puso en mi vida, y que fue una influencia muy positiva.

Recuerdo que en un tiempo de depresión, este pastor me albergó en su casa por varios días, por lo cual estoy muy agradecido. También me permitió participar en las reuniones de los doce varones a quienes él discipulaba regularmente. Colaboraba en los cultos recogiendo y contando las ofrendas, y ayudando en los servicios de la Santa Cena. Era un verdadero deleite escucharlo predicar, y no vacilo en decir que me enriqueció muchísimo en lo espiritual.

En el verano de 1971 comencé a sentirme muy sólo viviendo en pensiones, y le pedí a mi hermana Marta, que estaba radicada nuevamente en Buenos Aires con su familia, que me diera hospedaje en su casa por un tiempo, y ella y su esposo muy amablemente accedieron.

Por alguna razón fui perdiendo todo entusiasmo por vivir en la gran ciudad de Buenos Aires, y luego de mucha oración decidí

viajar a San Miguel de Tucumán. Me parecía que necesitaba por un tiempo más vivir “independiente” de mis padres, para madurar como persona, y de alguna manera aprender lecciones que me faltaba asimilar.



David junto a 3 hijos del pastor Mansewitsch en Tucumán

Así fue que viajé en tren a Tucumán en Marzo, y el pastor Pablo Mansewitsch y su esposa Nadia muy amorosamente permitieron que me hospede con ellos y sus tres hijos varones. Reconozco que anímicamente yo no estaba totalmente recuperado, pero el Señor en su misericordia usó este matrimonio gentil, para restaurarme. Para colaborar en la obra que realizaban, tocaba mi guitarra en las reuniones, organicé la biblioteca de la iglesia (siempre fui un lector asiduo), y hacía visitas a los creyentes del rebaño. También baldeaba (limpiaba) el piso del pequeño templo que usaban en ese tiempo, y traté de brindar alguna asistencia en el ministerio de los jóvenes.

Había en el grupo de jóvenes un muchacho que gustaba mucho de una señorita llamada Victoria que asistía a los cultos. En broma solíamos decir, mirándolo intencionalmente: “Vamos a cantar ese coro “Es Dios que ha dado la VICTORIA”. El pastor Pablo se había criado en el campo en la provincia del Chaco y sabía bastante de agricultura. Recuerdo que en el patio de su casa

había un árbol de la especie “níspero”. Pablo me contó que por varios años esa planta no había dado fruto, y un día sus hijos encontraron un perro muerto en algún baldío abandonado. Así que el pastor cavó un hoyo al lado del níspero, y enterró el can muerto allí, y a los pocos meses por primera vez ¡comenzó a dar fruto! Ese ejemplo me recuerda el versículo Juan 12:24 “Si la semilla no cae en tierra y muere, queda sólo” (sin fruto), y que como cristianos es importante “morir” a sí mismo para llevar fruto, como cónyuges, padres, y siervos del Señor.

El pastor Pablo era un varón muy trabajador, amaba a su familia, y un apasionado por Dios. También poseía un excelente sentido del humor. Recuerdo que un día un grupo de pastores, incluyendo a Pablo y su esposa Nadia regresábamos en ómnibus a la capital de Tucumán. En son de chanza, Pablo le dijo a su esposa (que siempre se reía de sus ocurrencias) “A yegua de los carros de Faraón te he comparado, amiga mía” (Cantares 1:9). En otra ocasión cuando el pastor Pablo se propuso construir un templo más grande, un hombre de la iglesia donó un inodoro; Pablo en broma le dijo: “Muchas gracias hermano por su regalo, lo voy a recordar a usted ¡cada vez que lo use!

Una vez la perra que ellos poseían tuvo muchos cachorros, y una mañana cuando la perra estaba ausente de sus crías, Pablo escondió todos los cachorros en distintos lugares, y al regresar la “madre” ¡estuvo toda la tarde lloriqueando y buscándolos hasta encontrarlos!

En ocasiones me comunicaba con mis padres por carta o teléfono, y en Octubre de ese año mi Papá vino a Tucumán para realizar algunas reuniones especiales, con dos colaboradores jóvenes, Jorge Lacovara, con su guitarra, y un amigo de él, con su acordeón. Ya para ese tiempo sentía en mi corazón que era hora de volver a casa, así que con gran alivio para mí (y seguramente para la familia Mansewitsch) regresé a Córdoba. Doy gracias a Dios por el pastor Pablo, porque también fue un buen mentor, y un instrumento en las manos del Señor para ayudarme en esta etapa de mi vida. “Grande es Su fidelidad”.

Experiencias en Córdoba y casamiento con Edith (1972 - 1980)

En el verano del '72 trabajé nuevamente colaborando en Valle del Lago, lo cual hice casi ininterrumpidamente por muchos años. Cuando llegó Marzo, mi padre me pidió que lo acompañe en un viaje a la ciudad de Bahía Blanca, donde habíamos realizado una campaña evangelística cuatro meses antes. Papá había comprado una camioneta Ford 0 km el año anterior, y a ésta enganchamos un acoplado bastante grande diseñado por él, que también servía como plataforma para las campañas. El plan era ir a la ciudad mencionada, cargar la carpa y todo el resto del equipo usado en ese evento, y traer lo a Córdoba.

Nos turnábamos conduciendo la pickup, ya que hay más de mil kilómetros hasta Bahía Blanca. Al anochecer comenzó a llover copiosamente. Mi padre iba al volante y yo dormía sobre un colchón sobre el piso trasero, protegido sólo por un sencillo techo de lona. En un momento se perdió el control del vehículo, debido seguramente a que el acoplado era demasiado grande para la ca-

mioneta, y caímos en una zanja, dando tumbos con violencia. Me desperté con un fuerte dolor en mi canilla izquierda, totalmente empapado, y vi que la pickup se había detenido de costado, su techo aplastado y el acoplado estaba con las ruedas para arriba.



David dirigiendo las alabanzas en Valle del Lago

Mi padre sufrió sólo unos rasguños, así que consiguió que algún automovilista nos llevara a una clínica en un pueblito cercano. Para mi alivio no había fractura alguna ni lesiones graves, solo un tajo en mi pierna. Me vendaron y al poco tiempo regresé a Córdoba en ómnibus, y mi padre, a pesar del vuelco, pudo llegar hasta la ciudad mencionada, cargar la carpa y demás equipos, y regresar a Córdoba. Dios me ha permitido realizar muchos viajes en toda clase de vehículos, en varios países, y aún en este incidente, sus ángeles me guardaron a mí, como a la familia que luego me dio.

Mientras se me sanaba la pierna, tuve tiempo de orar y meditar respecto a mi futuro inmediato. Por un tiempo pensé estudiar en

la Universidad para obtener un título oficial como profesor de inglés, pero ya tenía 24 años y no me pareció práctico dedicar seis años para ese fin teniendo esa edad. Así que salí a buscar empleo, y como los sueldos que ofrecían eran muy módicos, y buscando consejo de mi padre y algunos amigos mayores que yo, decidí enseñar por mi cuenta, alquilando un pequeño salón en el centro de Córdoba que sirviera de aula.

Papá con su talento artístico y experiencia como promotor me ayudó a preparar un manual de inglés semejante a la usada en Berlitz, y me dio ideas para hacer publicidad. Una vez más puedo dar gracias a Dios por su bondad porque enseguida me llegaron alumnos y me dediqué a ese oficio en forma privada por cerca de treinta años.

En el aspecto espiritual, el llamado del ministerio ardía en mi corazón, y luego de abundante oración decidí congregarme, no donde asistían mis padres, sino en otra iglesia, en barrio Residencial América, que participaba plenamente del mover del Espíritu Santo. Este rebaño era liderado por los pastores José Romera, y los hermanos Ángel y José Crucianelli. Estos líderes muy amablemente me dieron amplia oportunidad de servir al Señor, y tuve el privilegio de colaborar como maestro de Escuela Dominical, director de alabanza con mi guitarra, ministrar a los jóvenes, y hacer visitación de los miembros de dicha congregación grupo, acompañando a José Romera, a quien considero también como un mentor que me enseñó cosas valiosas. Él tenía la sana costumbre de preguntar a las personas “¿Qué opinas vos? Lo cual alentaba a los demás a pensar por sí mismos. En una de las charlas con él, me comentó: “Vos predicas bastante bien, pero observo que nunca visitás a los enfermos”. Reconozco que no fue divertido para mí asimilar esas palabras, pero a partir de esa conversación me propuse hacer caso a su consejo.

Recuerdo que en una ocasión se realizó una reunión de jóvenes de la iglesia mencionada, en un patio al aire libre. Me habían invitado a traer un mensaje bíblico, así que cuando llegó el momento, comencé a compartir lo que había preparado. Había una

mesa de patio en el medio, y un reloj despertador allí. En medio de mi exposición el reloj comenzó a sonar fuertemente, todos comenzaron a reírse, y no me tomó mucho tiempo entender el “mensaje” que mis oyentes me estaban transmitiendo: ¡que el “reverendo” David había caído en la costumbre de predicar demasiado largo! Desde entonces he tratado de seguir el consejo de mi padre: “Hijo, mientras más hablas, menos la gente recuerda lo que has dicho”. Otro de mis refranes favoritos es: “Bienaventurado el que predica corto porque será invitado otra vez”.

En esos tiempos el Señor me dio el privilegio de ser invitado a llevar la Palabra en otras iglesias, en la ciudad y la provincia de Córdoba, y al alojarme con pastores y cristianos maduros en otros lugares, tenía oportunidad de crecer y aprender.

Después de tres años de enseñar inglés, aceptando cualquier tipo de trabajo que involucraba el conocimiento de ese idioma, llegué a un punto de profundo agotamiento, y me vi obligado a dejar ese trabajo por un tiempo, rescindir el alquiler de la oficina que usaba, y dedicarme sólo al ministerio. En ese tiempo de transición, en el año 1975, el pastor Pablo Sotola, que junto con el pastor Pedro Berardo estaban fundando una nueva iglesia en el barrio La France, me invitó a dar una serie de estudios bíblicos en su naciente rebaño. Durante casi todo ese año tuve el gusto de enseñar la Palabra todos los Martes por la noche, sin darme cuenta en ese momento, lo trascendental que sería para mi ese servicio.

Al pasar los meses yendo todas las semanas al pequeño salón alquilado que usaban en ese tiempo, comencé a observar a cierta señorita llamada Edith Lalli, seis años menor que yo. Me enteré que esta iglesia había comenzado en el living de sus padres en el barrio mencionado, y que mucha de la gente convertida era por el testimonio perseverante de la madre de Edith, doña Yolanda, mejor conocida como “Porota”. Tuve luego conocimiento de que Edith estaba a cargo del ministerio a los niños y que tenía un llamado para ese servicio, y que estudiaba en un instituto bíblico llamado “Jeruel”. También supe que lideraba el grupo de jóvenes,

con frecuencia siendo ella la única chica en esa actividad, ¡rodeada de muchos varones!

Además de observar todas estas cualidades, gradualmente comencé a sentirme atraído a ella en lo sentimental. Recuerdo que oré cerca de seis meses, consulté con su pastor, y en Diciembre de ese año la invité a una cita por primera vez, y para mi agrado aceptó. Pedí prestado la camioneta a mi padre y fuimos a comer unos helados y a conversar. Recordando mi experiencia traumática con Alicia, decidí ir más despacio y ser más cauteloso, así que después de charlar un buen rato le propuse que fuéramos “amigos especiales” o “pololos” por un tiempo, para conocernos más, y dar tiempo a que el Señor confirmara en ella y en mí el futuro de nuestra relación. Me dio alegría saber que ella también se sentía atraída a mí, y le gustó la idea de ir despacio en esta etapa.



Edith con sus niños de la “horita feliz”.

A los pocos días viajé a Valle del Lago a trabajar, pero regresaba cada tanto para pasar tiempo con Edith. En Febrero de 1976 mi padre me dio la gratísima noticia de que me regalaba un automóvil semi-nuevo, un Fiat 128 azul, un gesto muy generoso de su parte, y que además entendí era una muestra más del favor de Dios. ¡Ya tenía un coche para pasear con Edith! Al pasar los meses y conocernos cada vez más, los dos sentíamos paz en el corazón respecto a esta “amistad” especial. A partir de Marzo de ese año yo visitaba a Edith en su casa dos o tres veces a la semana, y even-

tualmente se convirtió en un noviazgo. Recuerdo que debido a que en mi casa nunca hubo televisión, y en la casa de Edith sí había, cada domingo por la noche después de la reunión, visitaba a mi novia y me deleitaba viendo series televisivas para mí fascinantes, como “Los intocables” (con esta costumbre ¡creo que no hacía muy feliz a la familia de Edith!). En esa época decidí cambiar mi membrecía al rebaño de barrio La France, muy agradecido por cierto por los años que pude asistir a la anterior iglesia en barrio Residencial América, y la ayuda tan valiosa que sus líderes me brindaron.

En ese tiempo de la nueva iglesia recuerdo que asistía un matrimonio de apellido Gigena, que por ocho años habían deseado tener hijos y no se realizaba ese sueño. Un domingo pasaron al frente y pidieron oración especial por esa necesidad, y dentro del año Dios les dio un bebé. No sólo eso, sino que en total tuvieron cuatro hijos. ¡A Dios sea la gloria!

Considerando que en la voluntad del Señor nuestro noviazgo progresaba sólidamente, comenzamos a pensar en poner una fecha para casarnos, y en un lugar donde iríamos a vivir. Recuerdo que mi padre en ese tiempo ofreció adaptar su la casa construyendo un departamento para nosotros allí. Le agradecí su oferta, pero para asegurarme de hacer lo correcto y prudente, consulté con varios pastores mayores que yo sobre el tema. Todos me alentaron a que compre o construya mi propia casa, considerando el pasaje bíblico “Dejará el hombre a su padre y su madre, y se unirá a su mujer...” (Efesios 5:31). Trasmítí esa decisión a mi padre, y él lo aceptó, y en muchas ocasiones me ayudó con ofrendas para tener mi casa propia; doy gracias a Dios por guiarme una vez más en la dirección acertada. Hoy como pastor, en todo momento y cuando tengo oportunidad, animo a las parejas jóvenes, novios o casados, que sigan este principio de conseguir de un modo u otro su propia casa, para felicidad de ellos, sus hijos, y los padres de ambos.

Siendo todavía novios, compré un lote baldío en barrio las Magnolias con la meta de construir en el futuro inmediato nuestra

propia vivienda. Nos casamos en la iglesia Metodista central de Córdoba, el 22 de Octubre de 1977, y fuimos de luna de miel a la hermosísima ciudad de San Carlos de Bariloche.



Casamiento de David y Edith junto a sus padres Ruth Saint y Orville "Pipo" Lalli

Por doce meses luego de casarnos, vivimos en un departamento modesto que mis padres nos prestaron, y luego nos trasladamos a nuestra propia casa a medio terminar. En ese año 1978, el 29 de Julio, el Señor nos dio otro regalo maravilloso, nuestro hijo Guillermo Andrés. ¡Gracias Padre por tus muchas misericordias!

Sirviendo al Señor en barrio Corral de Palos, La France y en la iglesia Centro Cristiano (1978 - 1985)

Una vez que Edith y yo regresamos de nuestra luna de miel, volvimos a colaborar en la nueva iglesia de barrio La France, en Córdoba. En este tiempo el grupo había comprado un terreno, y construido un pequeño salón para unas treinta personas. Mi esposa supervisaba la Escuela Dominical (un servicio de enseñanza de la Biblia para todas las edades dividido en distintas clases), y yo predicaba y enseñaba y dirigía la alabanza, colaboraba con el ministerio a los jóvenes, y con los demás varones ayudaba en la construcción.

Al poco tiempo de casarnos, me fui enterando del testimonio de mis suegros, doña Yolanda y don Rudyard Lalli, mejor cono-

cido como “Pipo”. Mi suegra Yolanda (Reynoso) había nacido en una familia cristiana, siendo una de nueve hermanos. Cuando era ya una señorita, por distintas razones se alejó del Señor, y se enamoró de “Pipo”, que no tenía ningún interés en el evangelio, y se casaron. Nació mi futura esposa Edith de esa unión, luego Walter su hermano, y Yolanda comenzó a darse cuenta de los malos hábitos de don Pipo, especialmente de que no practicaba la fidelidad conyugal. En su desesperación y angustia mi futura suegra regresó al Señor, empezó a congregarse con sus dos hijos (luego nacería otra hija Claudia) y a orar intensamente por su esposo.



Edith y colaboradoras con niños de la Escuela Bíblica - Barrio Corral de Palos.

Luego de trece años de sufrimiento y peleas, el Señor habló a Yolanda que dejara a su esposo en Sus manos, y que no regañe más, confiando en Su obra. A los pocos meses don Pipo se convirtió a Cristo, recibió el bautismo en el Espíritu, abandonó sus malos hábitos, y abrió su casa junto con su esposa para reuniones hogareñas, que eventualmente se transformó en la iglesia de barrio la France ya mencionado. Como dice la canción “¡Mira lo que hizo Dios!”.

En el año 1980 una familia del rebaño de apellido Reynoso que vivía en un barrio lejano llamado Corral de Palos ofreció su casa,

para realizar reuniones caseras o casa de oración. Después de orar, Edith y yo decidimos aceptar el desafío, y comenzamos actividades en esa casa los miércoles por la noche. El Señor despertó en nosotros un deseo de ganar nuevos convertidos, y la posibilidad de convertir algún día ese grupo en un “anexo” y quizá en el futuro una nueva congregación, si Dios así lo disponía.

Con esa meta, preparé un mapa de todo el barrio y otros colindantes, un total de quizá cien manzanas, conseguí tratados y un sello para identificar nuestro ministerio y el lugar físico. Comencé a repartirlos casa por casa, en negocios, gente en la calle, y demás. En una de esas repartidas me encontré en la calle con Rubén Ziegler, un creyente “apartado”, que tenía un reparto de vinos y jugos con su vehículo. Lo conocí años antes cuando estaba en mi primera búsqueda de las cosas del Espíritu Santo y había visitado la iglesia pentecostal del Rev. Oslin.



Cuerpo de ancianos de la Iglesia en Barrio La France.

Mientras conversábamos, me contó que justo en ese tiempo él y su esposa estaban deseando regresar a los caminos de Cristo, y con gran entusiasmo comenzaron a congregarse con nosotros. Más tarde iniciamos reuniones los días domingos, y a recoger ofrendas para los gastos de la incipiente obra. Una familia que se convirtió por el trabajo de los tratados fue los Carrizo, que pronto dieron muestras de una verdadera transformación por el poder del evangelio.

Una tarde que repartía tratados, me sentía bastante desalentado, así que me senté en una verja a descansar y a “quejarme” con mi Creador. Después de un momento sentí una vocecita en mi corazón que decía: “¿Cómo pretendes ganar personas para Cristo si hay dentro tuyo menosprecio hacia ellos?” Tuve que reconocer que era verdad, pues dentro de mí corazón despreciaba a la gente por su ignorancia, su idolatría, su inmoralidad, etc. Allí mismo pedí perdón al Señor, y le rogué que sacara de mi corazón esa actitud perjudicial, y ¡Él lo hizo por su gracia!



Grupo de la iglesia de Barrio Corral de Palos.

En esa época yo había viajado a Jujuy para ser traductor para un pastor de Estados Unidos, el Rev. Dick Iverson, y su iglesia generosamente después donó un dinero para la naciente iglesia. Para ese entonces ya alquilábamos un salón para unas 50 personas, y con esa ofrenda especial pudimos comprar sillas, una guitarra eléctrica, un amplificador y parlante, micrófono y sillas, y hacer un púlpito. Había leído de un misionero de otro país que al recibir una donación había rendido cuentas con boletas y comprobantes de todo el dinero recibido a la persona que hizo ese aporte económico, así que decidí hacer lo mismo con el pastor Iverson.

Un servicio que disfrutaba mucho, como fue mencionado antes, era traducir para conferencistas visitantes de habla inglesa. Con este fin tuve el privilegio de viajar varias veces a Jujuy, a pedido del pastor Juvenal García, y también a Catamarca, la Rioja; y en repetidas ocasiones en Córdoba.

Después de unos dos años trabajando en barrio Corral de Palos, sentía que nuestra tarea allí había concluido, y que Rubén Ziegler y su esposa podrían continuar al frente de la nueva iglesia, así que realizamos una ceremonia de cambio de pastor, y con mi esposa y nuestro hijo Guillermo, de unos 4 años, regresamos para volver a servir en barrio La France.

Con el tiempo el pastor Ziegler plantó otra congregación “anexa” en barrio Coronel Olmedo, y con la ayuda del misionero Donald Exley compraron un terreno y construyeron un modesto templo allí. La obra de Corral de Palos continuó con la ayuda de una carpa que la asociación Unión de las Asambleas le prestó, y con el tiempo la iglesia del pastor Juan Masalyka designó a uno de sus colaboradores, Carlos Díaz, como nuevo pastor de ese grupo. El joven líder mencionado trabajó con mucho ahínco allí, y más tarde el Señor hizo muchos milagros que culminaron con la compra de un terreno en barrio José Ignacio Díaz, y la construcción de un hermoso templo, donde actualmente pastorea.

En cuanto al “anexo” en Coronel Olmedo, otros pastores fueron designados a cuidar esa obra, y en el presente lo supervisa el pastor Esteban Morales, un excelente siervo de Dios que tiene una pasión especial por el evangelismo, y ha logrado hacer crecer esa iglesia de manera sobresaliente, tanto en el número de personas como en la parte edilicia.

En el año 1982 con mi esposa decidimos asociarnos a la Fraternidad que en Argentina se llama Unión de las Asambleas de Dios, pero que en el resto del mundo es Las Asambleas de Dios. Fuimos ayudados en esto por el pastor Juan Masalyka y el misionero y apóstol Don Exley. Comenzamos a asistir a las reuniones de pastores de dicha asociación, y conocer a muchos valiosos siervos del Señor, y que fueron de inspiración y nos brindaron su compañerismo.

Ese año fue importante para nosotros también porque nació nuestra hija Dámaris, en Octubre, que desde pequeña conoció a Jesús como Salvador, y siendo todavía una niña, ya sirvió como maestra de los chicos más pequeños.

Con mi esposa estuvimos sirviendo nuevamente en la iglesia de barrio La France por cerca de dos años, y otra vez sentíamos que el Señor nos guiaba en una nueva dirección. Al mirar en retrospectiva, veo que nuestro Creador necesitaba que estuviéramos en un nuevo ambiente, para enseñarnos lecciones valiosas. En ese tiempo nuestra congregación se gobernaba con cinco ancianos o líderes, y cada vez más yo sentía que Su voluntad para nosotros era que perteneciéramos a una comunidad que tuviera un pastor, y no varias “cabezas”.



David con grupo de jóvenes de iglesia Centro Cristiano

Luego de conversarlo mucho, Edith y yo decidimos cambiarnos al rebaño del pastor Juan Masalyka y su esposa Lidia, llamada “Centro Cristiano”, en el Boulevard San Juan, de Córdoba. Los visitamos en su casa, les planteamos nuestras inquietudes, y nos recibieron con mucho afecto. No vacilo en decir que este matrimonio fueron (y hoy son) de gran inspiración y ejemplo para

nosotros, verdaderos mentores que nos enseñaron, con sus palabras y con sus acciones, muchas lecciones valiosas, y por ello estamos muy agradecidos.

Al poco tiempo me permitieron que predique un domingo al mes; luego Edith fue designada maestra sustituta de la Escuela Bíblica, y más tarde me pidieron que fuera maestro del grupo de jóvenes de dicha área, lo cual acepté con mucho gusto. Recuerdo que esa clase funcionaba en el “pulman” del templo, y mis alumnos se sentaban en sillas en los distintos escalones del mismo, ¡en forma inclinada! Doy gracias a Dios por las muchas oportunidades que los Masalyka nos brindaron para servir y aprender.

Después de casarnos retomé mi trabajo secular como profesor particular de inglés, pero dando clases solamente a domicilio, para evitar dar tan grande número de clases por semana, y para evitar los gastos de un alquiler. De esa manera el Señor una vez más me guió por su misericordia, para poder proveer para mi familia sin experimentar agotamiento.

En esta época tuve el privilegio de recibir invitaciones para predicar en el interior de Córdoba, y en otras provincias también. En una ocasión estaba ministrando la Palabra en una iglesia en Villa Dolores, y me hospedaba en la casa del pastor Juan Ravera. Un día, conversando con varios jóvenes, noté que una señorita, llamada Rosa, oriunda de un pueblo llamado Chancaní, tenía las manos llenas de verrugas. Sentí de repente una gran compasión por ella, y ofrecí orar por la sanidad de sus manos, y ella aceptó. Meses después, visitando nuevamente esa congregación, Rosa se me acercó y me mostró las manos ¡totalmente libres de todo vestigio de esas feas verrugas! ¡A Dios sea la gloria!

Durante el tiempo que fuimos miembros del Centro Cristiano, recuerdo que un domingo me tocaba dar la Palabra en otra iglesia. Cuando llegué a ese lugar no había nadie y el templo estaba cerrado, y me imaginé que fue por causa de un malentendido respecto a la hora del culto. Así que sin demorar tomé un taxi y fui hasta “mi” iglesia, donde estaba Edith con nuestros dos hijos. Estando en medio de la adoración, sentí un fuego profético muy

fuerte y una palabra que debía dar a la gente, así que me acerqué al pastor Juan y le comunicué este sentir, y él amablemente me indicó en qué momento trasmitirlo y así lo hice. La Palabra decía algo así: “Dios ha dicho que esta iglesia será madre de muchas otras iglesias”. Con el paso del tiempo, con alegría hemos visto el cumplimiento de esa Palabra, porque hoy existen docenas de iglesias que nacieron por el trabajo de los obreros de esa congregación, no sólo en Argentina, sino en diversos países del mundo. ¡Bendito sea el Señor, y todo por su pura misericordia!

Creciendo en el ministerio: La France, Betania y Valle del Lago (1985 – 1994)

Con mi familia pudimos disfrutar pertenecer a la iglesia Centro Cristiano con los pastores Masalyka por un año, colaborando en diferentes áreas y aprendiendo lecciones de estos excelentes mentores.

En Mayo de 1985 vinieron a casa algunos líderes de la Comunidad Cristiana de barrio la France, donde nos habíamos congregado antes, para pedirnos que mi esposa y yo nos hiciéramos cargo de dicho rebaño. Tomamos esa solicitud muy en serio, y separamos una semana para orar y pensarlo.

En esa semana conversamos mucho y consultamos con nuestros pastores, y decidimos que era la voluntad de Dios aceptar la invitación, pero poniendo algunas condiciones: primero, que la iglesia de La France se adhiriera a la Unión de las Asambleas de Dios; segundo, que se realizara una asamblea para una votación para ver si había una verdadera mayoría que deseara que fuera-

mos sus pastores, y tercero, que me “permitieran” realizar un viaje a Estados Unidos con mi padre, de Setiembre a Noviembre de ese año, que ya estaba planeado de antes.

A todo esto accedieron, y en una asamblea presidida por la UAD fuimos elegidos por una mayoría, ¡aunque no muy grande! Así que nos “despedimos” de los pastores Masalyka, y nos “arremangamos” para enfrentar el nuevo desafío. Yo tenía en ese tiempo 37 años. Para sustituirme como pastor durante el tiempo en Norteamérica, pedimos al Rev. Luis Gugliotta que fuera pastor interino, lo cual aceptó amablemente.



David y Felipe Saint visitando iglesias en Estados Unidos.

En el tiempo ya fijado pude realizar ese segundo viaje con mi padre a mi país de origen con toda normalidad, que fue otra oportunidad de aprender de mi primer mentor, don Felipe. Una de mis tareas era vender sus libros al final de sus reuniones. Una de los libros que ofrecíamos era “Fósiles que hablan” que trata de la creación versus la teoría de la evolución. Papá contaba que una pareja mayor cierta vez miraba ese libro, y la esposa comentó: “Fósiles que hablan; me hace pensar en mi marido”.

Desde Mayo hasta Setiembre con mi esposa habíamos planeado una campaña evangelística al aire libre para Noviembre en un lote desocupado cercano, con el evangelista Ernesto Villarreal y su equipo. Luis Gugliotta con muy buen ánimo hizo todos los preparativos finales, dirigió dicho evento con mucha diligencia y la campaña tuvo muy buenos resultados. En la semana de cruzada se convirtieron un buen número de personas a Cristo, hubo muchos endemoniados libres por el poder de Dios (usando una pequeña carpa), y gran cantidad de sanidades milagrosas. Siempre estaremos agradecidos al hermano Villarreal por su trabajo tan efectivo.



Campaña evangelística en Barrio La France con el Evangelista Ernesto Villarreal.

Durante ese tiempo de avivamiento tuvimos una noche donde cayó el Espíritu Santo sobre mucha gente. Entre los convertidos había un matrimonio de Paraguay que eran carpinteros. Esa noche un joven llamado Julio Belén recibió el bautismo en el Espíritu Santo y habló mucho tiempo en lenguas. Al finalizar el culto esta pareja le preguntó a Julio si él sabía hablar en guaraní, idioma común en Paraguay. Éste le dijo que no tenía noción de ese idioma; y este matrimonio, para nuestro asombro, dijo que

Julio ¡había estado hablando en perfecto guaraní por más de media hora! ¡Gloria a Dios!

Nuestro saloncito en la Avenida Cardeñosa para 30 personas se llenó de gente, y al tiempo Dios nos ayudó a agrandar dicho salón para acomodar unas 120 personas, y con muchos milagros económicos pudimos construir cuatro aulas nuevas, un salón de jóvenes al fondo, más una cocina, y dos buenos baños. También con la ayuda del Señor pudimos comprar un lote baldío al lado del templo que usábamos. Además un miembro de la iglesia, Ramón Ferreyra, ingeniero, donó todo el material para construir un hermoso asador, ¡indispensable para cualquier iglesia en Argentina!



Fachada del templo en Barrio La France - 1987

Recuerdo que durante toda esta construcción, amontonamos muchos escombros para levantar el piso del patio trasero, y esto produjo varias grietas en la pared medianera del vecino. Este vecino protestó vehementemente por este daño a su pared y decidí consultar a un ingeniero amigo, y me confirmó que el vecino tenía razón y nosotros deberíamos reparar el daño. Así que buscamos un albañil, se hizo un gran hueco para sacar los escombros mal

colocados, y fortalecimos dichos cimientos y pared con hierro, cemento y asfalto (por el posible paso de humedad). El problema quedó resuelto y el vecino no se quejó más. Recuerdo que el misionero Warren Norcom colaboró con este proyecto con una ofrenda generosa. Doy gracias a Dios que nos ayudó a enmendar el error y lograr paz con la familia que vivía al lado del templo.

En Febrero y Marzo de 1986 se realizó en Córdoba, sobre la Avenida Colón, en un gran campo, la inolvidable y extraordinaria campaña con el famoso evangelista Carlos Annacondia. Recuerdo que colaboraron unas cuantas iglesias pentecostales al principio, pero al pasar las noches y viendo las conversiones, las liberaciones y los milagros, se fueron adhiriendo más congregaciones hasta llegar a casi trescientas.

Era un verdadero espectáculo viendo de diez a setenta mil personas reunidas cada noche; ver los “camilleros” transportando endemoniados por docenas cada noche a la gran carpa amarilla de liberación, ver la gente caerse bajo el poder de Dios, escuchar los testimonios maravillosos de sanidades y otros milagros. Era común que aparecieran emplomaduras de oro, platino y otros metales de manera sobrenatural en los dientes de la gente, varios de ellos miembros de mi propia congregación.

Mi esposa Edith trabajó casi todas las noches en la carpa de liberación, donde trabajaban muchos equipos de tres personas, de ambos sexos, viendo el poder de Dios manifiesto, y aprendiendo mucho acerca de soltar a los cautivos por el enemigo.

Doña Celia, una anciana de unos 75 años, casi ciega, vecina de nuestra iglesia, fue llevada a esta campaña, medio a la fuerza y con una actitud escéptica. En medio de un culto allí, comenzó a ver todo, y podía leer los carteles que rodeaban el predio. ¡Dios le había devuelto la vista! Era evidente para todos que Dios estaba visitando la ciudad con un gran despertar, y como resultado docenas de iglesias nuevas fueron creadas. Hoy hay muchas personas que están en el ministerio, que tuvieron sus comienzos en esta gloriosa cruzada.

Mi propio padre fue impactado por este movimiento, se hizo

amigo de Carlos Annacondia, y escribió un hermoso libro “Guerra contra el infierno”, contando la vida de este varón de Dios y sus grandes campañas.

Después de este evento Dios siguió haciendo milagros por toda la ciudad. Una vez que tuve el privilegio de predicar en una iglesia en barrio La Quebrada, oré por una mujer de unos 55 años de edad llamada Blanca, que tenía cáncer en su vesícula. Cerca de 25 años después me encontré con su yerno, el Dr. Carlos Vanzulli, y me contó que esa noche Dios la había sanado completamente, y que en el presente, con casi ochenta años, ¡se conservaba sana!

Hace algunos años en una iglesia me encontré con un hombre como de ochenta años. Éste varón mayor me contó que unos veinte años antes, él tenía serios problemas cardíacos y estaba internado, y me pidieron que orara por él. No recuerdo el incidente, pero lo que sucedió es que fui, ¡y al poco tiempo quedó sano!

Después de unos cinco años pastoreando en barrio La France, además de trabajar lunes a viernes como profesor de inglés, y en verano colaborando en la colonia Valle del Lago, me comenzó a invadir una gran sensación de cansancio. Mi padre a esa fecha tenía ya 77 años, y cada vez yo tenía que tomar más y más responsabilidad en el ministerio de Valle del Lago. Oré mucho, me tomé una semana de descanso total, y decidí renunciar al pastorado, pensando que sería más fácil conseguir un nuevo pastor para la congregación que encontrar alguien que pudiera dirigir la colonia.

La comisión pastoral no deseaba que yo renunciara, pero era evidente que yo debía reducir mis responsabilidades en alguna área para seguir adelante. Así que después de analizar distintos candidatos, en Agosto de 1990 la iglesia nombró un nuevo pastor. Tiempo después, al concluir la temporada veraniega de Valle del Lago (Marzo de 1991) decidimos como familia cambiarnos a otro rebaño, para dar más libertad al nuevo pastor para realizar su tarea. Comenzamos a buscar una nueva congregación, y decidimos asistir a la iglesia de los pastores Rubén y Teté Bayona. Nos recibieron con mucho amor, tenían un buen grupo de adolescen-

tes y jóvenes muy adecuado para nuestros dos hijos, y una activa escuela dominical.

Nos ayudaron y alentaron mucho en esa época, por lo cual damos gracias a Dios. Al poco tiempo Edith pudo colaborar con el ministerio a los niños, nuestro hijo Guillermo pudo adelantar sus conocimientos de guitarra ayudado por Diego Toledo (había estudiado piano un tiempo pero luego se entusiasmó por guitarra). Dámaris ayudaba en una clase de pequeños alumnos, y a mí también me dieron oportunidad para predicar y enseñar.

Recuerdo que en esa época una vez visité la iglesia Renacer del pastor Eduardo Regondi, y esa noche tuve el privilegio de orar por un hombre adicto a los juegos de azar. Meses después, conversando con el pastor Regondi, él me contó que a partir de esa noche, ese hombre ¡había quedado totalmente libre de su adicción!

Estando libre de la responsabilidad del pastorado pude dedicar más atención a la colonia Valle del Lago. Tengo el gusto de dar testimonio que los veranos de 1992 al 1994 fueron muy bendecidos por el Señor. La cantidad de gente que asistía era extraordinaria, y teníamos que hacer “milagros” para acomodarlos a todos. En ocasiones hospedábamos jóvenes en la carpintería de la Colonia, poniendo las herramientas a un costado y llenando el lugar con camas “cuchetas” (camas de dos pisos).

La gran cantidad de gente produjo buenos ingresos económicos, y pudimos con el dinero excedente realizar muchas inversiones y mejoras: se compró e instaló un muy necesario radio-teléfono con su gran torre de 60 metros de altura; se colocaron termotanques para mejorar la provisión de agua caliente; se compraron dos vehículos (hasta entonces usábamos autos prestados); colocamos garrafones o “zepelín” para alimentar con gas los mencionados termotanques y los hornos de la cocina; se compraron muchas camas y colchones nuevos, y para alivio de todos pudimos alambrar todo el “casco” céntrico o parque para terminar con las “visitas” desagradables de las vacas que sembraban el parque con sus “regalos”.

En ese tiempo mi suegro, don Orville Lalli y su esposa Yolanda eran caseros permanentes, e hicieron una labor excelente. El camino de acceso a ese lugar es muy sinuoso y angosto, y con una bajada en especial, que llamábamos “caracol” que complicaba mucho el acceso de los vehículos, especialmente los más grandes. Recuerdo que en varias ocasiones ingresaron por error por ese caminito tres o cuatro ómnibus de gran porte, y tuvimos que hacer enormes esfuerzos para sacarlos de allí, usando personal especializado en rescates, y a veces varios tractores arrastrando estos “monstruos” cuesta arriba.



Frente al salón comedor de Valle del Lago.

En una ocasión una mujer que se hospedaba en nuestra colonia llegó hasta la oficina muy alterada y dijo: “¡Don Felipe, hay un sapo en mi habitación!”; mi padre, muy serio le contestó: “Por supuesto señora, nosotros aquí le garantizamos un sapo en cada pieza para que coma todos los insectos”.

Una vez, en los comienzos de este ministerio en las sierras cuando todo era muy primitivo, me tocó la tarea de transportar a un joven hasta la parada de ómnibus, distante unos 6 kilómetros de la colonia. Resulta que justo en ese momento no había ningún

vehículo disponible, pero un colaborador me recordó de un pequeño tractor que en ese momento estaba conectado con el pozo para extraer agua, con un neumático desinflado; así que rápidamente inflamos la goma, cargué al joven con su gran valija, y orando todo el tiempo, ¡pude llevarlo hasta la parada a tiempo!



Los 5 hermanos festejan el cumpleaños numero 80 de doña Ruth recordando anécdotas de los viejos tiempos

En esos tres veranos tan bendecidos, también me di cuenta que mi padre avanzaba en años, y que debíamos de alguna manera administrar la Colonia más como una empresa cristiana u hotel, que como ministerio misionero, así que pedí por teléfono a un comerciante exitoso de Villa Dolores (del cual éramos clientes frecuentes), don Manuel Aguilera, que me hiciera el favor de enseñarme los elementos básicos del manejo de una empresa. Él accedió muy amablemente, concertamos una entrevista, y en un par de horas me enseñó con mucha paciencia, mientras yo tomaba nota cuidadosamente de todo. En poco tiempo comenzamos a aplicar estas normas administrativas y fue de grandísima ayuda.

En Febrero de 1993, un domingo a la hora del almuerzo,

cuando el comedor estaba lleno, sentí de repente un profundo deseo de hacer un reconocimiento público, para honrar a mis padres y la obra que hicieron juntos en la querida Colonia. Así lo hice, y la gente aplaudió con gran entusiasmo, y expresaron hermosas palabras de elogio a ellos. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando sólo cinco días después, Papá se fue al Cielo, después de sufrir un grave accidente con el tractor en esa cuesta tan peligrosa del camino! Una vez más tengo que agradecer a Dios por guiarme a realizar ese acto de honra en un momento tan oportuno. “Te guiaré y te enseñaré el camino en que debes andar, sobre ti fijaré mis ojos” (Salmos 32:8-9).

A las pocas horas de partir mi padre, al meditar en el futuro de ese ministerio y la pérdida de Papá, el Señor habló a mi corazón: “Hijo, tú has perdido a tu padre terrenal, pero no has perdido a tu PADRE CELESTIAL, que siempre estará a tu lado”.

Comienzos de la iglesia El Renuevo y viajes a Estados Unidos (1994 - 2003)

Damos gracias a Dios por los años que pudimos estar en la iglesia Betania con los pastores Bayona, siendo contenidos, alentados y pudiendo colaborar un poco en la obra allí. A mediados del año 1994 mi esposa Edith y yo comenzamos a sentir que el Creador quería que comenzáramos una nueva obra en Córdoba, así que después de mucha oración, nos despedimos de nuestros pastores, y comenzamos a hacer reuniones en el living de nuestra casa, en Agosto de ese año.

En el primer culto éramos solo los cuatro de familia, pero al domingo siguiente el número creció un 50% ¡pues fueron dos más! Los primeros asistentes fueron Rosa de Ferreira y sus tres hijos, y Susana de Torres con su hija. Al poco tiempo compré una cantidad de tratados cristianos, les pusimos un sello indicando

nuestra dirección y horario de reuniones, preparamos un mapa de nuestro barrio (Las Magnolias), y repartí estos tratados en todas las casas y comercios de nuestra zona, por fe.

Preparamos unas almohadas de oración para que todos pudiéramos orar de rodillas con comodidad, y visité creyentes en la zona que no asistían a ninguna iglesia, y en todo esto pusimos nuestra confianza en el Señor.

A los seis meses me entró un gran desánimo por la falta de frutos, y pensé que posiblemente todo este proyecto había sido un entusiasmo meramente humano, pero mis amigos pastores me alentaban a seguir. Nos visitó el pastor Acevedo, del Chaco, con su esposa, y en forma especial nos dieron palabras específicas de ánimo en ese tiempo.



Frente al salón de la iglesia El Renuevo en Barrio Las Magnolias.

Un domingo vino a nuestra reunión un creyente llamado Mario Romero, su esposa y sus cinco hijos y comenzaron a congregarse con nosotros. Luego traía otras personas en su camioneta, y luego alquilaban un ómnibus, con lo cual ¡se llenaba el living de nuestra casa! Recuerdo que una anciana del campo recibió un milagro de sanidad cuando oramos por ella.

Otras personas se agregaron en esa época: Rosa de Arguello con sus hijas, Inés Lovelli, la familia Ceballos, Roberto Villada y otros. Una vez Inés testificó que mientras trabajaba y vivía sola en un pueblo en la provincia de Santa Fe Dios multiplicó el gas de su garrafa de diez kilos ¡y le duró cerca de seis meses! Los cuatro jóvenes jugaban al voleibol en un parque cercano para atraer a otros jóvenes. Nuestro hijo Guillermo era el director de alabanza, el primer tesorero, y encargado de jóvenes, ¡y de la limpieza también! Edith, Guillermo (Billy) y Dámaris daban clases de Escuela Dominical en el garage, la cocina, el living y los dormitorios, y sentíamos gozo al ver a Dios dando crecimiento.

En esa misma época un pastor amigo nos entusiasmó a Edith y a mí para que trabajemos con AMWAY, una empresa multinacional que se maneja con promotores independientes distribuyendo artículos de limpieza y afines. Compramos varios de sus libros y cassettes, asistimos a varias de sus conferencias, comenzamos a consumir y a vender estos productos y por un tiempo creíamos que era el instrumento que Dios nos daba para progresar económicamente.

Como a los seis meses me di cuenta que no era práctico ni posible que yo me dedicara a enseñar inglés, promocionara una nueva congregación, y a todo eso comenzar este nuevo emprendimiento comercial, así que decidimos no continuar. A pesar de ello, se me grabaron varios conceptos valiosos durante ese tiempo: primero, la importancia de SOÑAR, o tener metas claras; segundo, PLANIFICAR, o sea sentarse y poner por escrito los pasos a seguir para lograr ese sueño (obviamente seguido de acción); y tercero, la importancia de ocuparse de mantener una AUTOESTIMA siempre alta, leyendo buenos libros, escuchando cassettes positivos, y rodeándose de personas llenas de fe y optimismo.

Como al año de empezar nuestra humilde obra para nuestro Señor, se reunían cerca de setenta personas cada domingo, y el trabajo de sacar todos los muebles al patio ya era demasiado pesado, así que con el grupo decidimos alquilar una casa cercana

en la calle Varela Berro con un amplio living comedor más otras habitaciones y un buen patio trasero. Se agregaron las familias Toledo, López, Carrizo, Furs, Aniffe, Gandini, Salas, Galazzo, Vrech, y otros. Estos dos últimos matrimonios nos donaron sillas y un púlpito en un momento muy oportuno.

Para ese entonces recibí una llamada para orar por un padre joven, Roberto Pérez, que había tenido un ataque de meningitis y estaba hospitalizado. Fui al hospital Rawson, le presenté el plan de salvación, y lo ungué con aceite conforme a Santiago 5, ¡y el Señor lo sanó totalmente! Él y su pareja, Teresa fueron impactados por este milagro, y deseaban bautizarse de inmediato; le pedimos que primero se casaran debidamente, lo cual hicieron sin demorar, los casamos en una modesta ceremonia, y al poco tiempo, debido a su evidente urgencia, los bautizamos en una pileta plástica al aire libre ¡en pleno invierno!



Roberto y Teresa Pérez junto a sus hijos.

El evangelista Ernesto Villarreal y el pastor Jorge Lozano nos ayudaron mucho en esta época, realizando una campaña con carpa, y el segundo un evento musical al aire libre.

Cuando partió con el Señor mi padre en Febrero de 1993, ese

mismo año de Setiembre a Noviembre realicé un viaje solo a Estados Unidos, para informar a nuestros amigos norteamericanos lo que había sucedido, y nuestros planes para el presente y el futuro inmediato de la colonia Valle del Lago y de nuestra nueva congregación. En 1995 comencé a sentir que Dios me apoyaba para llevar a toda mi familia a mi país de origen en un próximo viaje para promocionar nuestro ministerio. Estando en una conferencia en Catamarca y La Rioja como traductor, conocí a un pastor de Buenos Aires, Rino Bello, que a su vez me recomendó un agente de viajes cristiano, Daniel Paretti.

Me contacté con éste último, que gracias a Dios había conocido muy bien a mi padre, y generosamente ¡ofreció darme los cuatro boletos de avión de ida y vuelta al fiado! (a pagar después). Todo esto lo tomé como señales del favor de Dios, así que en Enero de 1996 volamos a Norteamérica y comenzamos a visitar a las iglesias, pastores parientes y amigos allá. A mitad de nuestro itinerario, viajando por Carolina del Norte, ¡se fundió el motor del Ford que usábamos! Así que buscamos un mecánico con remolque y nos llevó a su taller, y nos informó de la condición real del auto.

El mecánico nos llevó a un motel, y en mi desesperación ¡comencé a orar muy intensamente! El Señor trajo a mi memoria un matrimonio en Michigan, los Bell, que en nuestra primera reunión en ese país habían ofrecido un segundo auto, si lo llegáramos a necesitar (fue la única vez que sucedió eso considerando los muchos viajes que hicimos a ese país). Así que ya teníamos otro auto para reemplazar el roto, solo que estaba como a mil kilómetros de nosotros. Por un impulso busqué en la guía telefónica y encontré el nombre de una iglesia hispana, y los datos de su pastor, Juan Carlos Suárez. Lo telefoneé, vino enseguida a buscarnos, y ¡nos llevó a una casa para misioneros para hospedarnos en forma gratuita! ¡Gracias Señor por tus cuidados!

Mi familia entonces tenía donde hospedarse, y podían dialogar en español con la familia Suárez. El pastor Juan Carlos me ayudó a conseguir un boleto de avión y transporte hasta el aeropuerto

más próximo para volver a Michigan a buscar el segundo auto. Así lo hice, y me prestaron un hermoso y grande Buick, y con este vehículo pudimos seguir nuestro viaje. Doy gracias al Señor por tantos amigos en Estados Unidos que nos prestaron sus automóviles generosamente en varias ocasiones para los diversos viajes que hicimos a través del tiempo, y por los que nos brindaron hospedaje a los cuatro de nuestra familia, y también por los muchos que amablemente nos llevaron a hermosos restaurantes a disfrutar ricas comidas.

Como testimonio del amor de Dios puedo testificar que Él permitió que nuestra familia en ese viaje visitáramos Disney World, Washington D.C. y la estatua de Libertad en la bahía de Nueva



David, Edith, Dámaris y Billy frente a la Estatua de la Libertad - Nueva York

York. Dice la Biblia: “Deléitate en Jehová y Él te concederá las peticiones de tu corazón”. En ese viaje decíamos en broma “No sé si somos turistas económicos o linyeras de lujo”. Por Su gracia pudimos pagar todos los gastos del viaje con las ofrendas que nuestros amigos amablemente nos dieron, y regresar sin dificultades a Córdoba.

Después de dos años alquilando en la calle Varela Berro (1995 al 1997), alquilamos otro salón más grande sobre la avenida Fray Luis Beltrán. Para ese entonces mi esposa había sugerido que le pongamos el nombre “El Renuevo” a nuestro grupo basado en Job 14:7-9. “Si el árbol fuere cortado (hablando de golpes que suelen sobrevenir a una persona) aún queda de él esperanza; RETOÑARÁ aún, y sus RENUEVOS no faltarán... y hará copa como planta nueva”.

Estando en ese salón más grande, Rosa, una de nuestras maestras, nos contó que tenía un niño incorregible que le hacía imposible dar sus clases. Así que al domingo siguiente invitamos a todos los niños a pasar al frente, y me acerqué en forma especial a este niño (Damián Gómez) y oramos por un cambio positivo en su conducta. ¡Y Dios lo hizo! Años antes, cuando este mismo niño (que hoy es un joven fiel a Dios de 20 años) recién había nacido, sus padres veían que al pasar los meses, su peso no aumentaba... lo llevaron a una iglesia evangélica, oraron por él, ¡y Dios lo sanó!

Después de año y medio en el salón grande, nos cambiamos a otro salón alquilado más pequeño pero más barato. Este salón en la calle Rómulo Bogliolo era sumamente húmedo, no tenía ventilación alguna, y de un departamento superior bajaba una caño de plástico por una pared de nuestro “auditorio” ¡por donde corrían los líquidos cloacales del baño en el piso superior a veces en los momentos menos oportunos!

En la Biblia en varias partes habla de la bendición DOBLE de Dios, por ejemplo Isaías 40:1-2 y 61:7 (NVI) y también II Reyes 2.9 y Job 42:19; esto se cumplió en mi familia porque pudimos en el 1998 realizar un segundo viaje a Estados Unidos, visitando a parientes allá y amigos de nuestro ministerio.

Recuerdo que mientras realizábamos uno de estos viajes, nos hospedamos en la casa de una familia cristiana. Resulta que tenían un hijo que estudiaba en la universidad en esa ciudad, y cuya novia, de otra ciudad, estudiaba en la misma institución. Los padres del joven, para ayudar a la novia, le daban hospedaje en la misma casa de ellos, y el hijo joven y su novia tenían sus dos dormitorios lado a lado en un subsuelo de la casa, mientras que los padres del muchacho ¡usaban un dormitorio arriba! A mi esposa y a mí nos pareció extraño y poco sabio ese arreglo, así que me puse a orar para ver si era correcto mencionar esta irregularidad a los padres. Por fin decidí conversar a solas con el padre, para sugerirle que hagan otros arreglos de hospedaje para estos dos jóvenes, para disminuir la evidente tentación de inmoralidad. Con toda la diplomacia posible le hablé sembrando la idea de que no era recomendable que esta joven pareja estén en dormitorios tan cercanos el uno al otro. El padre me agradeció mi sugerencia, y luego me dijo que tomarían medidas para solucionarlo. Años después me enteré que esta pareja se casó correctamente y que tenían una linda familia cristiana.

En ese segundo viaje tuvimos el privilegio de hacer turismo en la ciudad de Nueva York, y las maravillosas cataratas del Niágara. Cuando nos preparábamos para visitar Nueva York, la noche anterior buscábamos en Nueva Jersey un motel económico donde pasar la noche, y llegamos a un hospedaje que alquilaban las habitaciones por sólo dos horas; ¡en seguida nos dimos cuenta qué clase de “motel” era! (Obviamente salimos rápidamente de allí y buscamos otro motel). Nuevamente Daniel Paretti muy generosamente nos fió los boletos de avión y el Señor proveyó para cubrir todos los gastos. Y como bendición extra, nuestro hijo Guillermo pudo quedarse en Mississippi, y asistir a la universidad allí en Hattiesburg, a un curso intensivo dictado por un instituto llamado ELI, donde por la gracia de Dios se volvió bilingüe. ¡Gracias nuevamente Señor!

En esta época mi madre, Ruth de Saint, después de varias operaciones, se fue al cielo, en 1999, a los ochenta años de edad, ro-

deada de sus cinco hijos. Casi cada día doy gracias al Señor por darme padres cristianos, sanos, felices, amorosos (¡no perfectos!) que nos criaron en los caminos de Dios, y se mantuvieron unidos por más de cincuenta años.

En 2001 nuestro hijo Guillermo se graduó de Diseñador Gráfico en el Instituto Aguas de la Cañada, y se casó con Inés Lovelli, una excelente señorita cristiana, a quien conocía desde hacía seis años, en marzo de 2002. En diciembre de 2004 el Señor les dio un hijo llamado Joan. En el año 2001 nuestra hija Dámaris terminó la escuela secundaria, y en 2002 tuvimos el privilegio de llevarla a Estados Unidos para hacer el mismo curso intensivo de inglés en Mississippi que hizo Guillermo. En un viaje anterior le habían regalado un saxofón usado a ella, y al poco tiempo lo tocaba en nuestras reuniones, agregando ese sonido tan especial. Tal como lo compartí en mi primer libro “Maná para el alma”, en ese año 2002 Dios, mediante una serie de milagros proveyó el dinero para ese curso de inglés en Hattiesburg, y proveyó, como con Guillermo una familia hospitalaria y amorosa, los Tanner, y una iglesia que los cuidó también, llamado “Good Shepherd” (el Buen Pastor) supervisado por el Reverendo Mike Barbera.

Al regresar a Córdoba, continuamos orando por un templo propio, pero por el momento tuvimos que contentarnos con seguir alquilando. En 2001 decidimos mudarnos al barrio Marqués de Sobremonte, a un salón que antes había sido un pequeño supermercado. Recuerdo la primera vez que visitamos este edificio con algunos de los miembros de la iglesia, de noche. ¡Estaba plagado de cucarachas por todos lados! Pero la ubicación era adecuada y el salón y el patio también así que hicimos la mudanza a ese lugar.

En los dos años que estuvimos allí casi se duplicó la membresía, lo cual nos alegró muchísimo. En esta época también hubo varios milagros hermosos. La familia Toledo, que estaba pasando un momento económico difícil, y tenían un auto Fiat muy viejo, testificaron que ¡por muchos días su auto anduvo sin echarle nafta! En un viaje que Edith y yo hicimos a Tucumán para llevar

la Palabra a la iglesia del pastor Osvaldo Peretto, cinco mujeres solteras le pidieron a mi esposa que orara que Dios les dé maridos. En una visita posterior nos enteramos con gran alegría que ¡las cinco se habían casado! Nuestro hijo Guillermo por unos cinco años trabajó en una empresa llamada Prominente, y pasaba muchas horas frente a una computadora. Desde adolescente tuvo que usar anteojos para descansar, y mientras trabajaba, estando ya casado, se le rompieron y por falta de recursos no podía comprar unos nuevos. Durante ese tiempo (aproximadamente un mes) él siguió trabajando, y para su sorpresa ¡no le dolían los ojos! Fue a ver a su oculista, le hizo todas las pruebas, ¡y le informó que sus ojos estaban perfectamente bien! ¡Gracias Señor!

Durante esta década una experiencia resalta en mi memoria. Un pastor me invitó a llevar la Palabra un domingo, y cuando llegué me sorprendió que los creyentes traían todos los equipos de sonido, luces, y demás cosas ¡y lo colocaban en el momento de la reunión! Lo que pasaba era que el templo estaba a medio construir, tenía solo la mitad del techo terminado, y por las noches entraban ladrones y robaban todo, ¡incluyendo bolsas de cemento! Me invadió una santa indignación, así que antes de compartir la Palabra, pedí que todos los presentes se tomaran de la mano, y reprendimos el espíritu de robo en ese lugar. Algunos años después me encontré con este pastor, y él testificó que a partir de esa noche, nunca más entró un ladrón al templo y nunca faltó nada. ¡Cuán grande es Dios!

Cuando nuestro hijo Guillermo era niño, sufría mucho de tartamudez, y esto lógicamente dificultaba mucho su desempeño en la escuela, e hizo que se volviera bastante introvertido y tímido. Mi esposa y yo hablamos con su maestra, también con una psicóloga para padres, luego lo llevamos a una fonoaudióloga, también a una psicóloga de niños, pero nada parecía cambiar o mejorar. En cada culto él pedía a Dios por un milagro para poder expresarse libremente. Una noche, en una reunión en colonia Valle del Lago, el Señor le habló (según Guillermo contó después) y le dijo: “Yo voy a quitarte la tartamudez, en la medida que tes-

tifiques de Mí ante tus compañeros y amigos y demás personas”. Así que en obediencia Guillermo comenzó en medio de su limitación del habla, a predicar, y en pocos meses ¡fue sanado totalmente! Cuando hoy lo veo pararse delante de cincuenta, cien, o más personas y predicar libremente, ¡doy gracias y gloria al Señor!

En el año 2003 por medio de un diácono de nuestra iglesia, nos enteramos que el templo donde habíamos pastoreado entre 1985 y 1990 se había desocupado por completo. Luego de orar, fui con dos colaboradores para hablar con los representantes de la asociación que hacía las veces de custodio de ese edificio, y ofrecimos pagar todas las deudas pendientes sobre el inmueble si nos permitían ocuparlo y usarlo. Aceptaron el ofrecimiento, realizamos el pago con ahorros que la iglesia tenía, y en agosto de ese año nuestra congregación se mudó allí con gran alegría. Y como premio extra, ¡la iglesia Cita con la Vida, pastoreado por el Rev. Carlos Belart, nos donó cincuenta sillas! Realmente se cumple la Palabra en Zacarías: “No es con ejército, ni con fuerza, mas con Su santo Espíritu”.

Construyendo, sirviendo y enfrentando pruebas

(2003 – 2011)

Nuestra congregación “El Renuevo” estaba feliz por poder mudarnos al nuevo templo en barrio La France. Cerca de un año después, debido al crecimiento en el número de creyentes, surgió la idea de construir un salón más grande en el lote contiguo al otro, que también pertenecía a la iglesia. Mi esposa y la junta pastoral aprobaron la idea, y por fe comenzamos la obra, un paso a la vez.

Ya teníamos los planos aprobados del nuevo templo, así que con la cooperación de los varones del rebaño, marcamos los cimientos, los cavamos y los llenamos. Recuerdo que en la pared medianera exterior del salón más pequeño habían hecho nido una gran cantidad de abejas, que continuamente nos molestaban mientras hacíamos los cimientos. ¡Una tarde tuvimos que salir corriendo todos del lugar porque estos insectos se habían puesto furiosos con los golpes de martillo y cortafierros! Después de varios intentos “caseros” para eliminarlos, tuvimos que contratar un servicio profe-

sional de exterminadores para cumplir con ese objetivo. Y para asegurarnos que no fastidiaran más, decidimos revocar esa pared totalmente (cubrirlo con mezcla de arena, cal y cemento).



Cavando los cimientos para el nuevo salón de la iglesia El Renuevo.

En el año 2005 vino desde Estados Unidos y Bolivia un equipo de constructores voluntarios cristianos liderados por el Rev. Charles Kindle. Los llamábamos “los constructores de Ohio”. Eran unas trece personas en total, incluyendo varias mujeres, y casi todos eran jubilados o mayores de cincuenta años. Muy amablemente proveyeron todo el material (block, cemento y hierro, etc.) y también la mano de obra para levantar las dos paredes principales del nuevo edificio. Cuando llegamos a cierta altura en las paredes, tuvimos que buscar albañiles locales más jóvenes, ¡porque no se atrevían a subir tan alto! Damos gracias a Dios por estos hermanos tan generosos que nos ayudaron con tanto amor.

Más tarde levantamos la pared del frente, hicimos un gran contrapiso, colocamos el techo de zinc, todas las aberturas y la plataforma, y mediante muchos milagros pudimos inaugurarlo,

aunque faltaban obviamente muchos detalles, en 2008. El salón nuevo mide 10 por 17 metros y hasta hoy nos ha servido muy bien para ampliar el ministerio a las personas.

Recuerdo que cuando encaramos este proyecto que nos parecía muy grande, mientras oraba, me vino a la mente un plan para lograrlo. Dividí todo el proyecto en ocho etapas en su orden lógico, para hacer una por vez, según el Señor proveía los materiales y la mano de obra. El tiempo estipulado para lograrlo sería de dos años, que luego se hicieron cuatro, pero de todos modos pudimos concluirlo con el maravilloso favor de Dios. En un espacio que quedó al fondo del lote, el Señor nos ayudó a construir, desde 2009 al 2011, dos baños nuevos, y cuatro aulas, para el creciente número de alumnos de la Escuela Dominical.



Construyendo las aulas y baños para la Escuela Bíblica.

En todo este tiempo de construcción me acordaba siempre una lección que aprendí a la fuerza en el pasado: que en una iglesia lo más importante es la GENTE, y no los edificios. Si un rebaño está “sano” y creciendo, los recursos para comprar y construir van a ser suplidos “por añadidura”.

Hablando de servir a las personas, recuerdo una vez que mi esposa y yo fuimos invitados a dar una conferencia para matrimonios en una iglesia en la ciudad de Carlos Paz, a unos 40 km de Córdoba. Por esas circunstancias de la vida, justo esa mañana Edith y yo habíamos tenido una discusión, no recuerdo sobre qué tema, y no nos habíamos hablado en todo ese día. Llegó la hora de ir a Carlos Paz para la tarea mencionada, y me causaba un poco de gracia la ironía de la situación: íbamos a un lugar para aconsejar a parejas casadas ¡y nosotros estábamos “peleados”!

Estacionamos el auto fuera del templo, y conversamos para ver qué hacer; decidimos que en realidad en nuestro matrimonio las discusiones no eran demasiado frecuentes, y que son normales en cualquier pareja, y que teníamos una tarea para cumplir, y que Dios siempre usa instrumentos imperfectos para el avance de Su obra. Así fue que “nos arremangamos”, por fe sonreímos, y dimos la conferencia esa noche. ¡Menos mal que el trono de Dios es un trono de gracia! (Hebreos 4:16)

En el área de misiones, debo admitir que en nuestra primera obra en Barrio Corral de Palos ni tuvimos en cuenta esta área tan importante, pero a partir de 1985 nuestra iglesia comenzó a sostener con oración y finanzas a una misionera, Nancy, que trabajaba con Cruzada Estudiantil para Cristo en Buenos Aires. Más tarde agregamos un segundo misionero, un evangelista argentino que recorría el país haciendo campañas; luego agregamos una tercera, Miriam, que misionaba en la república Checa, en Europa. En el presente El Renuevo sostiene cuatro misioneros en el extranjero, y uno en Argentina, y la congregación aporta mensualmente con gran entusiasmo.

En el año 2005 nos enteramos de un hombre que con frecuencia viajaba a una zona muy pobre del interior, Serrezuela, para

predicar la Palabra y ayudar con alimentos, juguetes, agua, ropa y medicamentos y decidimos apoyarlo. Nuestro grupo fue muy generoso y en poco tiempo las mujeres habían armado una gran cantidad de bolsones con los elementos ya mencionados, para donarlos allá.

En enero del 2006 un grupo de cerca de veinte jóvenes y algunos adultos de nuestro rebaño viajó para ese lugar, llevando también una gran cantidad de tratados y un programa preparado para predicar el evangelio a niños y adultos. Hacía mucho calor (esa zona de por sí es muy desértica), pero el grupo hizo un trabajo excelente. Después de recorrer varios parajes, llegaron al pueblo mismo de Serrezuela, y la gente allí le prestó un local para la distribución de los obsequios. La gente hacía fila, y entraban uno por uno por una puerta, recibían su bolsón, y a la salida se le anunciaba el Plan de Salvación para que acepten a Jesús como Salvador.

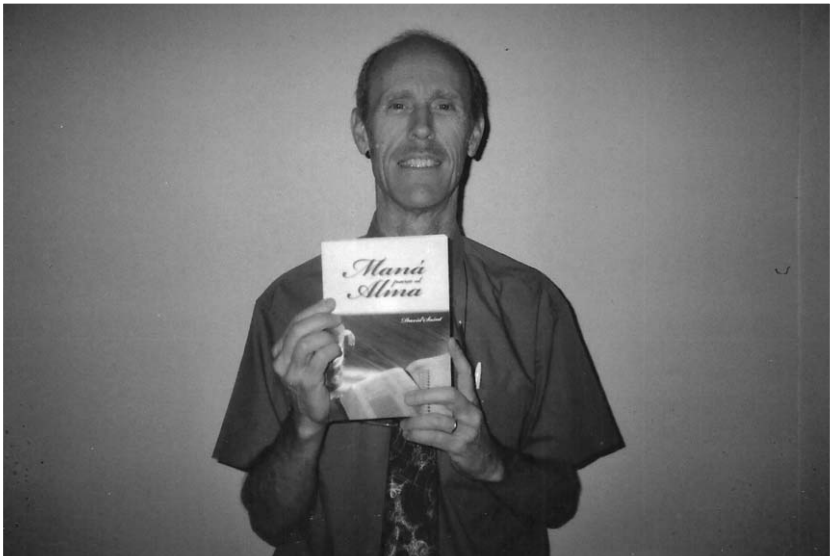
Cuando nuestros jóvenes vieron la fila larguísima de personas afuera, comenzaron a preocuparse ante el desafío de proveer para todos. ¡Cuál no sería la sorpresa y el gozo de todos cuando veían



Primer viaje misionero del grupo de jóvenes de Iglesia El Renuevo a Serrezuela.

que después de entregar muchísimos bolsones, la pila seguía intacta! Dios multiplicó la ropa, la comida, los medicamentos y los juguetes de tal manera ¡que les sobró y al final del día pudieron donar el excedente a un Centro de Caridad del pueblo!

Otra cosa novedosa que ocurrió en este período es que después de mucha oración sentí confirmación para escribir mi primer libro "Maná para el alma", una compaginación de veinte de mis mensajes favoritos. El título fue inspirado en el alimento milagroso que Jehová proveyó al pueblo hebreo durante sus cuarenta años en el desierto. Comencé escribiendo un capítulo por semana, transpirando cada vez, pero con un gozo profundo ante la posibilidad de poder compartir las riquezas que he podido recibir del Creador con un mayor círculo de personas. El Señor proveyó los fondos para imprimir mil copias, abrió puertas para poder promocionarlo, y por su gracia pude regalar y vender casi todos los libros.



David en la presentación de su primer libro "Maná para el Alma".

En esta época de mi vida el Señor permitió que yo pase por “el valle de la sombra de muerte” varias veces. En Febrero de 2005 nuestra hija Dámaris, de 22 años se fue al cielo luego de luchar por nueve meses con cáncer en su útero. En Octubre de 2007 Edith, que durante treinta años fue una buena esposa, madre y compañera de ministerio, se fue con el Señor, después de sufrir de diabetes por más de quince años que finalmente afectó su corazón.



Dámaris Saint con su instrumento de adoración.

En Abril de 2008 mi nuera Inés tuvo un bebé, que llamaron Ignacio, pero a los pocos días de nacer partió a la Eternidad por problemas congénitos de su corazón, y en Abril de 2011 un segundo hijito, Lisandro se fue al cielo a los pocos días de llegar al mundo, también por problemas de su corazón que los médicos no pudieron corregir.

En todo este proceso doloroso el Señor nos estuvo confor-

tando y consolando como sólo Él lo sabe hacer. Personalmente me ayudaba mucho recordar casos similares de pérdidas narradas en la Biblia:

Job perdió sus diez hijos en un solo día y en forma muy violenta, pero se mantuvo firme en su fe. El Creador delante de satanás y los amigos en tres ocasiones reafirmó la integridad de este patriarca, indicando claramente que estas pérdidas no eran un castigo por pecados cometidos.



Edith de Saint enseñando la Palabra, lo cual hacía continua y apasionadamente.

Noemí en un período de diez años perdió a su esposo y dos hijos varones mientras vivía en un país extranjero, y la Biblia en ninguna parte insinúa que era por faltas morales que ella o sus hijos habían cometido.

Ester, siendo aún muy joven, ya era huérfana de padre y madre, y tampoco se dice que fue como “castigo”, ya que era una mujer recta, obediente y temerosa de Dios.

El rey David perdió a su hijo adulto Amnón, y dice la Biblia en II Samuel 13:38-39 que después de tres años fue consolado por esa experiencia tan traumática.

Mi hijo y su esposa han demostrado gran fortaleza, entereza y fe en el Señor al enfrentar las cosas tan duras que les han sucedido, y hoy le sirven con un entusiasmo que me hace sentir orgulloso de ellos.

En lo personal Dios me sostiene recordándome que algún día volveré a ver a mis seres queridos, y que lo mejor que puedo hacer hoy es vivir por fe una vida positiva y útil, sonreír y seguir sirviendo. En uno de sus libros el pastor Joel Osteen dice que es normal y necesario hacer duelo o luto por dos o tres años, pero no toda la vida; y que llega el momento cuando es necesario dejar de hablar de los que no están, y amar y dedicarse a los seres queridos y amigos que están hoy con nosotros. Recuerdo que el patriarca Job tenía tres “consoladores molestos” (Job 16:2), pero el Creador a mí me ha dado “cien” buenos consoladores: muchos amigos y colegas que oran y velan por mí y demuestran su compasión y empatía.

Me consuela pensar que “mil” veces el Señor me ha dicho que “sí” (como mis amables lectores pueden apreciar en esta biografía) y sólo unas pocas veces “no”. Es reconfortante también recordar promesas hermosas en la Biblia tales como Isaías 43: 2 “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en tí”.

En estos tiempos estoy aprendiendo que el gozo o contentamiento no son frutos del corazón mío, ni de las circunstancias, sino son frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:22-23; Filipenses 4:11-12). Me resulta muy interesante que cuando Dios se aparece a Job para hablarle y reanimarle (capítulos 38 al 41) no le explica el trasfondo de las artimañas del enemigo para destruir su fe, sino que le habla de las maravillas de la Creación, en los cuerpos celestes, la vegetación fantástica, y los increíbles animales que creó, tanto aves, animales y peces, y esa exposición por fin trae paz al patriarca.

Hoy por medio de canales de televisión tales como “*Animal Planet*”, “*Discovery Channel*” y “*National Geographic*” podemos asombrarnos mucho más que Job por la majestad, el ingenio y el humor del Creador manifiesto en el mundo creado. Como dice II Corintios 1:4 “Dios nos consuela en TODAS nuestras tribulaciones”.

Transfiriendo el manto

(2004 y 2011)

Como compartí con mis estimados lectores, las temporadas de verano del 2002 y 2003 en colonia Valle del Lago fueron muy buenas en todo sentido, asistían en promedio entre 1500 a 2000 personas cada verano, y tuvimos el gusto de hacer muchas mejoras necesarias.

Durante el verano de 2003 comenzó una vocecita en mi corazón diciéndome que en una fecha próxima mi tiempo como director o administrador de la colonia iba a concluir y que comenzara a preparar las cosas para ese cambio. Recordaba los casos bíblicos cuando Moisés delegó a 70 colaboradores para ayudarlo en su tarea de pastorear a la nación hebrea; y cómo después designó a un sucesor que estuvo siempre a su lado, Josué, y lo reconoció públicamente antes de que el pueblo entrase a la Tierra Prometida.

Recordaba a Elías, cuando Dios le mandó que nombre a Eliseo como ayudante, y futuro sucesor de su ministerio; Abraham preparó a Isaac su hijo; David designó a Salomón; y el apóstol Pablo continuamente preparaba y usaba colaboradores para las iglesias que plantaba (ver Hechos 20:3). Un predicador reconocido una vez dijo: “No hay éxito verdadero en una empresa o ministerio si no hay un sucesor”.

Cuando viajé con mi padre a los Estados Unidos en el año 1991, me llamó la atención que él me pidió que yo predicase en lugar suyo, mientras se limitaba a realizar sus hermosos cuadros con luces de colores. Para Papá, que disfrutaba predicar y lo hacía con mucha gracia, debió haber sido un poco difícil ponerme a mí para compartir la Palabra, pero hoy entiendo que lo hacía para que la gente allá supiera quien tomaría su lugar cuando llegara el momento.

Siempre había pensado que yo continuaría colaborando de alguna manera en la colonia hasta una edad avanzada, como lo había hecho mi padre, pero era evidente que el Señor tenía otros planes. Así fue que durante el año 2003 dediqué mucho tiempo a la oración y a delegar las tareas de administración cada vez más a los fieles miembros de la comisión.

Un pastor una vez dijo: “Yo no oro porque soy espiritual; ¡oro porque estoy DESESPERADO! En cierta manera eso es lo que me estaba pasando en esa época. Solía recorrer las bellas sierras de Córdoba en auto, y me detenía a las orillas de una de los pintorescos arroyos y ríos, para caminar y orar, caminar y orar, buscando la voluntad y la guía del Señor. Siempre había amado el ministerio de Valle del Lago y me costaba soltarlo.

En el libro del profeta Oseas (2:14) dice “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón”. En esta figura de Oseas queriendo conversar íntimamente con su esposa, vemos al Creador queriendo comunicarse con sus hijos. La palabra “desierto” en la Biblia no necesariamente significa un lugar caluroso y seco, sino un lugar donde no hay gente ni distracciones, para oír mejor las directivas del Señor.

Ese año pedí a los de la comisión que ellos realizaran sin mí los viajes mensuales (de Córdoba a la colonia, unos 180 km), de carácter administrativo, lo cual hicieron, y muy eficazmente. En junio se realizó la asamblea bianual con renovación de autoridades del consejo directivo, y me sentí guiado a hacer la moción de que el pastor Carlos Díaz fuera elegido vicepresidente, petición que fue aceptada. Este varón además de ser pastor, tenía mucha

experiencia a nivel comercial y empresarial siendo el director de una agencia de automóviles, además de ser un excelente esposo, y padre de tres hijos, y un amigo personal por muchos años.

En la temporada de verano de 2004 funcioné solamente como un consejero, y la comisión realizó todo el trabajo operativo, con toda eficiencia, y en marzo de ese año finalmente presenté a la comisión mi renuncia pacíficamente. Recuerdo que ese verano se me acercó una persona, seguramente con buenas intenciones, a decirme “Esta colonia no va a tener éxito sin una persona de la familia Saint”. A lo cual le contesté: “Con todo respeto, me parece que los Saint somos personas comunes y corrientes y que cualquier persona llamada por el Señor puede hacer el trabajo tan bien y probablemente mejor. Además, no creo que el método de Dios sea promocionar Su obra destruyendo a sus siervos con excesivo estrés”.

En los nueve años que han pasado el pastor Carlos ha hecho y está haciendo una labor muy eficaz, con la valiosa colaboración de su esposa Claudia, sus hijos, el pastor Ricardo Besso y su esposa Susana, Juan Carlos Galván y su esposa, y otros asistentes. Además de administrar todo con excelencia, han hecho muchísimas mejoras en los edificios, en el servicio de las comidas, compraron mejores vehículos, etc. Sentí mucha paz personal en esta decisión, y pude dedicar más tiempo y energía al pastorado de “El Renuevo” (En el 2000 había dejado ya de enseñar inglés).



Pastor Carlos Díaz junto a su familia.

Pasó algún tiempo, siete años, y en 2011 nuevamente comencé a sentir que mi “Jefe” estaba preparándose para otro cambio; la misma vocecita en mi interior me decía que en una fecha futura debía designar a otras personas para que fuesen pastores de “El Renuevo”. Compartí esta idea primeramente con mi hijo Guillermo y su esposa Inés para que orasen conmigo.

En marzo de ese año, seguramente como una preparación para ese cambio, se decidió ungir a mi concuñado Marcelo Ceballos como pastor de los varones de la iglesia, y a su esposa Claudia como pastora de las mujeres; también fueron ungidos Guillermo e Inés Saint como pastores de jóvenes.



Ungimiento de Billy e Inés Saint como pastores de jóvenes.

En julio de ese año vinieron a casa varios varones de la junta pastoral para expresar su preocupación respecto a mi actuación como líder de la congregación, y lo tomé inmediatamente como una confirmación del tiempo del Señor respecto a esa voz en mi interior que venía percibiendo por varios meses. Les conté francamente de este sentir, y decidí tomar una semana de descanso en las sierras para orar y consultar a pastores amigos para llegar a una decisión definitiva.

Esa semana “en el desierto”, orando mucho y consultando, sirvió para confirmar las cosas. Al regresar a Córdoba conversé primero con mi hijo y su esposa; luego visité al matrimonio Ceballos y los invité que fueran los pastores principales a partir de una fecha próxima, lo cual aceptaron. Luego de comunicar esta decisión a todos los obreros de “El Renuevo”, nuestra denominación ofició el ungimiento del matrimonio mencionado como pastores el 14 de Agosto de 2011.



Ungimiento de Marcelo y Claudia Ceballos como pastores principales.

En todo este proceso recordaba un libro heredado de mi padre intitulado “Métodos misioneros, los de San Pablo o los nuestros” de Roland Allen. En este tomo el autor recalca que este apóstol fue el más exitoso de todos los tiempos, y que su “metodología” entre otras cosas consistía en predicar el Evangelio en lugares nuevos, adoctrinar sólidamente a los nuevos convertidos, y capacitar de entre ellos mismos los que serían líderes, pastores o ancianos de la nueva iglesia. Para lograr esos líderes San Pablo se reunía aparte con ellos, los entrenaba de manera especial, y les daba mucha libertad para trabajar, servir y desarrollar sus dones y talentos, confiando, no en ellos como meros seres humanos, sino en el poderoso Espíritu Santo que moraba en ellos.

Durante los viajes que el Señor me permitió realizar a mi país de origen había observado a varias congregaciones que sufrieron gran perjuicio y disminución en el número de miembros, por causa de pastores que renunciaban y se iban a otra ciudad, sin dejar previamente un nuevo pastor apropiado en su lugar. En ocasiones pasaban muchos meses en las cuales los miembros traían a varios líderes de afuera para conocerlos y escucharlos, hasta elegir uno de ellos; pero lamentablemente en ese lapso el rebaño se quedaba sin dirección y guía con sus lógicas consecuencias negativas.

Ya han pasado dos años desde aquel cambio, y con alegría he podido ver el buen trabajo que los Ceballos están haciendo como pastores. Nuevamente agradezco a Dios su misericordia, al guiarme una vez más en una decisión trascendental, a pesar de mis limitaciones humanas. Él me recuerda siempre el pasaje de Mateo 16:18 “...sobre esta roca (yo, Cristo) edificaré MI iglesia (no es nuestra, somos sólo mayordomos) y las puertas del Hades (las fuerzas del satanás) no prevalecerán contra ella”. ¡Qué paz que uno experimenta cuando puede descansar en esta maravillosa verdad!

Enfocado en el presente

En la carta a los Filipenses (3:13-14) San Pablo dice: "...olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante (el presente y el futuro inmediato), prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". Me agrada muchísimo la actitud de este gran siervo de Dios, un maravilloso modelo para todos nosotros. No se "duerme en los laureles" ni cree en el refrán "Hazte fama y échate a dormir", sino que con entusiasmo juvenil se concentra en el hoy. Mi padre, teniendo más de setenta años de edad solía decir: "No me voy a retirar (jubilar), sino que me voy a re-encender". Recuerdo también un refrán que dice casi lo mismo: "Un cuchillo que no corta se oxida".

En un libro escrito por el Rev. Vance Havner, que fue un predicador muy pintoresco y reconocido de los Estados Unidos durante el siglo pasado, dice (teniendo ochenta años de edad): "A mi edad, en realidad a cualquier edad, como cristianos es muy importante mantenernos firmes en nuestros principios (morales),

pero a la vez ser dulces y amables”. ¡Qué gran verdad! En lo personal y con la ayuda de mi Jefe me he propuesto tres metas: concentrarme en el Presente, enfatizar lo Positivo, y practicar diariamente la Cortesía.

Cuando el Señor me guió a transferir el manto pastoral en agosto de 2011, tuve mucha paz. Marcelo y su esposa Claudia (hermana de mi esposa Edith) Ceballos habían sido colaboradores directos de la iglesia “El Renuevo” por casi quince años, y demostraron gran fidelidad y pasión por la obra. Al poco tiempo de ser ungidos, ellos y los demás miembros de la junta pastoral me pidieron que yo me quedara en la congregación como pastor consejero, y luego de orar un tiempo acepté la invitación, considerándolo un honor y un gesto de confianza.



Pastor David Saint llevando la Palabra como predicador invitado.

Ese mismo mes comencé a visitar a pastores amigos de la ciudad de Córdoba, que en algunos casos no había visto en mucho tiempo, para renovar vínculos y buscando compañerismo con mis colegas en la obra. A muchos les pedí que me cuenten su testimonio de conversión y su llamamiento al ministerio, tanto pastores como pastoras, y quedé asombrado e inspirado al escuchar his-

torias tan diferentes y fascinantes, y oír en algunos casos narraciones de milagros de sanidad divina, liberación de demonios, y de provisión sobrenatural.

De esas visitas empezaron a surgir invitaciones para predicar en sus iglesias, y en cada visita conocí más personas, más testimonios, y me sentía enriquecido y privilegiado de “llenar mis alforjas” con estos nuevos contactos. Doy gracias a Dios por estos consiervos que me tuvieron y me tienen confianza, y me brindan la oportunidad de compartir con tantas personas en el Reino de Dios un poco de lo mucho que Él me ha concedido por Su misericordia.

Durante el año 2012 sentí inspiración para escribir un segundo libro, “Maná para el alma II” con dieciocho capítulos, esta vez en formato electrónico, publicado en Internet, que me produjo gran entusiasmo. Mis amigos más jóvenes me ayudaron a entender que en este formato podría llegar a mucho más personas, y a todo el mundo, sin límite de cantidad o distancia. Mientras el Señor abría puertas para compartir Su palabra, también me dio inspiración para preparar nuevos mensajes, nuevas ilustraciones, y para encontrar nuevos amigos en la gran familia del Creador.

En esta nueva etapa tengo más tiempo para comunicarme con mis amigos y parientes en los Estados Unidos, a quienes he podido conocer en diversos viajes a mi país de origen, logrando un mayor acercamiento. Doy gracias a Dios por cada uno de ellos, que oran por nuestro ministerio, envían correos electrónicos, y sostienen la obra en el área económica también. En varios casos me ayudaron a conseguir series de comedias sanas hechas allá, preferentemente de los ‘60, ‘70, u ‘80, un pasatiempo o “hobby” que cultivo hace bastante tiempo, que me causa mucho placer y entretenimiento.

Tengo el privilegio de compartir la Palabra en congregaciones retiros y campamentos, interpretar o traducir para conferencistas de habla inglesa, proveer consejería cuando es necesario, y también poner en forma escrita material que Dios generosamente me ha ido dando a través del tiempo. Recuerdo algo que dijo un pensador de la India: “Un día desperté y descubrí que la esencia de la

vida es la felicidad; otro día desperté nuevamente y me di cuenta que la felicidad se experimenta cuando un SIRVE a los demás”.

En un viaje por los Estados Unidos, asistí a una reunión en Winston Salem, donde el pastor, el Rev. Wright, habló de la experiencia del patriarca José, que en su juventud fue vendido injustamente y llevado esclavo a Egipto, y que luego descendió un escalón más al ser echado en la cárcel, también sin merecerlo. Recuerdo que este pastor, que disertaba sobre cómo mantenerse alejado de la amargura dijo: “La manera más segura de ser infeliz es pensar continuamente en lo que no tienes”. Eso mismo se puede decir positivamente: “La manera más segura de experimentar contentamiento es pensar cada día en todo lo bueno que tienes”.

Hace algunos meses una señora de nuestra congregación contó que a un bebé de pocos meses le había caído agua hirviendo sobre su cuerpecito, y quemado cerca del 40% de su piel. Enseguida nos pusimos a orar por esta criatura, y a los pocos días nos contaron ¿que Dios le había dado piel nueva! Pedí que traigan al pequeño al templo y le saqué una foto para testimonio del poder y la compasión de nuestro Señor.

Una noche al visitar el rebaño de un pastor amigo, justo antes de predicar sentí en mi corazón una palabra que ardía fuertemente y lo transmití: “En este auditorio hay una persona que está por suicidarse; Dios te dice que te ama, y que si lo buscas de corazón, Él va a quitarte toda depresión”. Al finalizar la reunión se acercó una mujer como de cincuenta años y dijo: “Esa palabra era justo para mí, y me trajo nuevo aliento y gozo”. En otra iglesia pasó algo similar: justo antes del mensaje vino otra palabra: “En este salón hay una persona muy deprimida; dice el Señor que vengas a Él y Él quitará esa tristeza, y pondrá gozo y esperanza en vez de desesperación”. Al finalizar el servicio se acercó una señora de unos cuarenta y cinco años con su hija adulta, y me dijo: “Ayer mi hijo fue encarcelado por robo y drogas, y mi ánimo estaba por el suelo; pero al entrar a la reunión justo en ese momento vino esa palabra de esperanza y me vino paz que Dios se encargará de todo”.

En otra ocasión visitaba una congregación en el otro extremo de Córdoba, y justo antes del mensaje vino esta palabra para transmitir: “Aquí se encuentra una persona que está por tomar una decisión muy importante; dice el Señor que no te apresures, que ores, consultes a tu pastor, no hagas nada por el momento”. Como dos meses después estaba visitando esa misma iglesia y un joven de unos veintitrés años se acercó y me dijo: “Cuando usted dio esa palabra de advertencia en cuanto a una decisión importante, me di cuenta que era para mí; yo estaba por ponerme de novio con una señorita que recientemente había interrumpido una relación con otro hombre; acepté la advertencia, y luego me enteré que esa joven estaba embarazada debido a su noviazgo anterior. No tengo dudas que Dios me guardó de una situación que me habría producido mucha infelicidad”.

Doy toda la gloria a Dios por estos milagros, y le agradezco el poder ser útil a los demás. Los pastores siempre dicen acertadamente que debemos tener cuidado para no envanecernos, pero también creo sinceramente que al Señor le agrada que sus hijos tengamos satisfacción en el servicio que le brindamos, y en el crecimiento y frutos que Él nos da.

En la carta a los Filipenses (4:6-9) el apóstol Pablo nos exhorta y enseña como echar de nosotros la ansiedad:

1. Que le contemos todos nuestros problemas continuamente a Dios en oración con abierta franqueza, acordándonos de agradecerle por todo lo bueno;

2. Disciplinar nuestras mentes para pensar todo el tiempo en cosas verdaderas, honestas, justas, puras, amables, lo que tenga buen nombre, lo que sea virtuoso, y digno de elogio. (Eso significa entre otras cosas escuchar menos los noticiosos en la radio, TV, y en los diarios, y alimentar nuestras mentes con material que nos levanta y edifica);

3. Observar y oír frecuentemente a personas que sean buenos modelos de conducta cristiana y llenas de sabiduría, mentores que vale la pena imitar. ¡Dios les bendiga!



David, Inés, Joan y Billy Saint - Córdoba - 2012